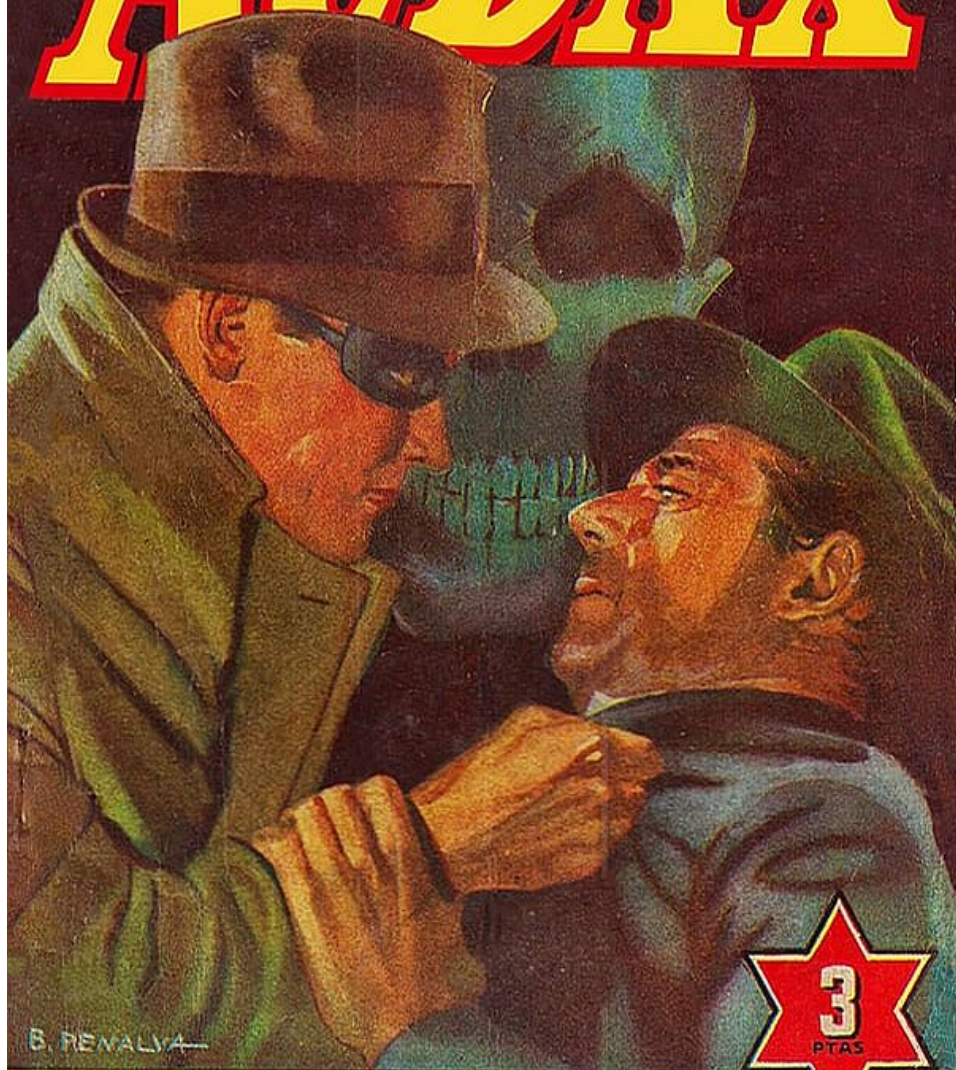


AIDAX



B. PENALVA



LOS MERCADERES DE LA MUERTE

Mirko Blaharoff, un traficante de armas, un contrabandista sin escrúpulos, intenta conseguir toda la producción de armamento de dos factorías, rivales desde su fundación, la «Phoenix», de Horace Wilson y la

«Steel &

C^o», de Cornelius Van Bloke, sin pagar un dólar, para lo cual contrata los servicios de un asesino a sueldo, Jim Biggard, quien consigue liquidar a tres agentes de contraespionaje que obstaculizaban la operación. Lord King, invitado por la esposa de Van Bloke para valorar una compra de joyas, logra, como AUDAX, abortar la salida de armamento, volando los cargueros de Blaharoff y eliminando a Biggard y sus pistoleros.



P. V. Debrigode

Los mercaderes de la muerte

Audax - 2

ePub r1.0

Editor 23.01.17

Título original: *Los mercaderes de la muerte*

P. V. Debrigode, 1946

Portada: Bosch Penalva

Ilustraciones: Interiores de Cifré

Editor digital: Editor

ePub base r1.2



AUDAX

por
P.V. DEBRIGODE



EDITORIAL



BRUGUERA

Son **MERCADERES**
de la **MUERTE** *por*
PV.DEBRIGODE



CAPÍTULO PRIMERO

Sombras en la noche

Los lujosos transatlánticos no se dignaban hacer escala en el puerto de Oak Harbour, ni tampoco en sus sucios muelles poblados de ratas y carbonilla atraían a ningún buque de turismo.

Pero, en cambio, los barcos carboneros y los «cargos» que transportaban madera anclaban periódicamente en Oak Harbour, cuyos muelles hallábanse situados en la desembocadura del río Oak, por el que era frecuente ver largas caravanas flotantes de maderos procedentes de la zona filadelfiana de bosque.

Por una noche desapacible de otoño, en la que el viento arremolinaba nubecillas de serrín y carbonilla que nimbaban los reflejos rojizos de los faroles del puerto, un paseante solitario, embutido en su gabardina y alzadas las solapas, caminaba, sin demostrar ninguna prisa, por el inhóspito malecón alto de la escollera oriental de Oak Harbour.

Al extremo del malecón, un círculo señalaba el lugar donde se abría la rotonda protegida en la que permanentemente se servían bebidas calientes y licores a los trabajadores del puerto empleados en la descarga, y a los marineros transeúntes.

El solitario paseante miraba de vez en cuando su reloj de pulsera e inmediatamente acechaba la puerta encristalada del café, visible por el resplandor que derramaba en aquel paraje penumbroso.

Marcaba el reloj las dos y media de la madrugada cuando ante la puerta del café se detuvo un individuo, que mordió con lentitud el extremo de un cigarro puro, lo encendió y, en vez de apagar normalmente su encendedor, prefirió agitarlo en el aire para que la

llama se extinguiese.

El paseante solitario apresuró el paso, y poco después entraba en el inferior del café, dirigiéndose rectamente a la mesa ocupada por un hombre que fumaba beatíficamente un cigarro habano con deleite de inveterado fumador.

La sala del café estaba desierta, aparte de por los dos nuevos clientes. Era demasiado pronto para los cargadores y demasiado tarde para los acostumbrados parroquianos.

El recién llegado no se sentó a la mesa ya ocupada por el hombre del habano, sino que lo hizo ante una próxima a ella.

Un somnoliento camarero, deseoso de volver rápidamente a la cocina al calor del hogar, vino y marchóse a todo tren para regresar con las consumiciones pedidas: Un ponche caliente para el de la gabardina y un doble de *coñac* para el hombre del habano. Al desaparecer el camarero en el recoleto recinto de la cocina, el de la gabardina echóse hacia atrás el sombrero de fieltro. En su pómulo izquierdo se destacaba una honda cicatriz, corta y ancha.

—Noche destemplada —dijo sin mirar a su vecino.

—Propia de todo otoño. ¿Vive usted en Oak Harbour?

—No. Vengo de Filadelfia. Un amigo mío de toda confianza me telefoneó para indicarme que esta noche, entre dos y tres de la madrugada, un caballero encendería un cigarro frente a este café. Me dijo también que este caballero podría darme un trabajo muy productivo.

—En mi tierra natal, la lejana Armenia, vieja nación multimilenaria, dicen los mercaderes que los trabajos productivos exigen una entrega total a la labor.

—La única condición que le exijo a quien me emplea es que sepa pagar el trabajo de acuerdo con sus dificultades.

El hombre del habano exhaló una lenta bocanada aromática antes da preguntar:

—¿Qué valor representa para usted jugar con la posibilidad de sentarse en una silla eléctrica a cuenta del Estado?

—Depende del número de horas en que se corra este poco agradable riesgo.

—¿Quiere darme su opinión personal sobre el valor de la vida humana?

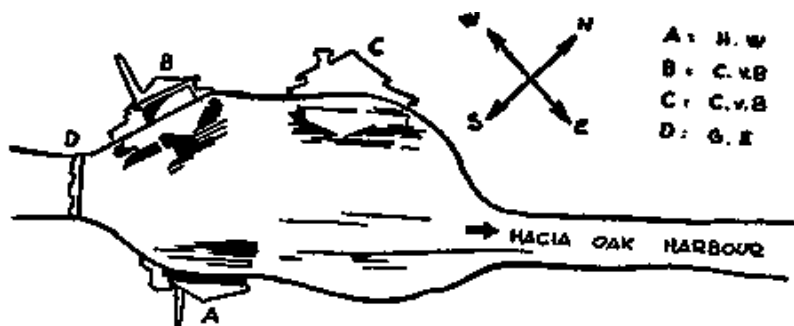
—Todas valen menos que un simple plomo. Apretar gatillos es

mi oficio. Y... usted lo sabe.

—Estoy informado de que es usted hombre decidido, y que ha pertenecido a las mejores esferas sociales de Filadelfia. ¿Me hace el favor de examinar este croquis?

El hombre del habano tendió a su vecino una hoja de *block*. El de la cicatriz adelantó la mano. Mientras cogía el papel, miró con curiosidad el extraño anillo que su interlocutor llevaba en el meñique de la mano derecha. Tenía un diamante del Brasil, de negro intenso y azulado, que despedía fulgores cabrilleantes, engarzado al aire en una montura de labrado platino.

El de la cicatriz en el pómulo estudió el croquis. Colocó el índice en el centro del dibujo.



—Corríjame si me equivoco. Es el lago estanque de la «Steel & C.^o» y de la «Phoenix».

—Exacto. Demuéstreme hasta dónde llega la coincidencia de su conocimiento con lo que mi modesto croquis quiere señalar.

El de la cicatriz apartó el croquis y habló cerrando los ojos:

—A veinte millas de Filadelfia la capital, y a cuarenta de este infecto puerto, el río Oak forma un a modo de estanque o lago. El viejo Horace Wilson eligió el lugar como el más a propósito para instalar su factoría, que empezó fabricando plancha acorazada para continuar más tarde fabricando municiones y armas. Llegó un emprendedor advenedizo llamado Cornelius Van Bloke...

—¿Emprendedor advenedizo? —interrumpió el hombre del anillo.

—Los Van Bloke fueron siempre acaudalados rentistas. Cornelius

ha sido el primero que rompió la tradición y se convirtió en negociante. Pero no quiero hacerle perder su tiempo. Llegó, como decía, Cornelius Van Bloke, que instaló a la otra margen del estanque otra factoría rival. Construyó también un chalet, y como poseía serias influencias en el Gobierno, fue aplastando lentamente a su rival el viejo Wilson, aunque éste se defiende tenazmente. El interlineado que usted señala en el croquis con una «D», es la presa que hizo también construir Van Bloke para formar un grupo propio electrógeno. Supongo que usted pensará preguntarme que cómo estoy tan bien informado —y el hombre de la cicatriz sonrió sin ningún rastro de buen humor—. No soy un vulgar pistolero. Si hoy engroso mi cuenta corriente matando, es sólo cuando se me paga bien, y según en qué círculos, me siguen considerando persona grata.

—¿Van Bloke... pertenece a ese círculo simpatizante?

—Sí.

—Excelente. Logre, como sea, hacerse invitar en casa de los Van Bloke. Tengo entendido que son muy hospitalarios. Cornelius es llamado el «Magnífico». ¿Puede lograr ser huésped de los Van Bloke?

—Sí. ¿Cuál es mi misión?

—Me han sido muy alabadas su insensibilidad y su discreción, así como su inteligencia. Mi negocio es de tal magnitud, que no puede repararse en vida de más o de menos. Necesito saber si obedecería usted ciegamente mis órdenes. Yo seré uno de los invitados en la casa Van Bloke. Y... quizás me sea preciso eliminar..., mejor dicho..., ordenarle que elimine a distintos... ¿cómo diría?... entorpecedores del negocio que allí me lleva.

—Cada día de mi estancia en casa de los Van Bloke, presione o no el gatillo, actúen o no mis hombres, vale cinco mil dolares. ¿Está usted en condiciones de pagármelos?

El hombre del habano aplastó con parsimonia su cigarro sobre el borde de la tosca mesa de madera. El diamante del Brasil destelló en su meñique con negros fulgores.

—¿De cuántos hombres dispone? —preguntó.

—Cuatro. Pocos, pero discretos, inteligentes, silenciosos.

—¿Buenos asesinos? —Y el armenio rió amablemente.

—Cortados a mi patrón. Matan a quien yo ordene.

—Perfectamente. Diariamente le entregaré en casa de los Van Bloke cinco mil dolares en efectivo. Pero usted nunca me ha visto ni me conoce. Tendremos el honor de ser presentados casualmente en el chalet de los Van Bloke. ¡Camarero!

El armenio aplaudió ruidosamente. Restregándose los ojos apareció el mozo, que recogió el dinero de la consumición del hombre del anillo, quien levantándose, se marchó.

El de la cicatriz tiró dos dolares encima de la mesa y pidió otro ponche. Sus negros ojos miraron con dureza al camarero por espacio de unos segundos.

El camarero desvió la mirada.

—¿Por qué se frotaba usted los ojos tan torpemente, amigo?

La voz del de la cicatriz era baja, pero incisiva.

—¿Yo, señor? —Y el camarero se atragantó—. Dormía...

—Mientes. Escuchaste y no hay sombra de sueño en tus pupilas. Pero ahora la habrá.

Quiso el camarero gritar mientras corría despavorido... Pero los disparos le taladraron la espalda. Cayó de bruces...

El de la cicatriz se levantó y aplicó el cañón de su automática todavía humeante a la sien del desgraciado. Resonó huecamente el nuevo disparo.

El de la cicatriz salió apresuradamente del café. Con ágiles zancadas, se perdió en la obscuridad del puerto.

* * *

En las quietas aguas, un bote de remos avanzaba suavemente impulsado por una mujer. A la derecha del lago, la factoría de la «Steel &

C.⁹» era un conglomerado de bloques gris-oscuro. Los trabajadores residían en su mayor parte en Filadelfia, adonde se dirigían todos los días en autocares de la propia empresa una vez terminada su labor.

En los pisos altos del chalet de los Van Bloke brillaban algunos rectángulos de luz.

A la izquierda, la factoría «Phoenix» presentaba también una erecta masa de grisáceos rombos. Sólo en la esquina noroeste de la fábrica lucía un resplandor. Era el despacho-laboratorio donde

trabajaba incansablemente Douglas Simpson, el misántropo ingeniero con ínfulas de inventor.

La que remaba acercó el bote a la orilla que se abría entre la «Steel & C.^o» y la presa de agua que suministraba energía eléctrica a la fábrica de Cornelius Van Bloke.

Sus manos enguantadas amarraron expertamente el cabo del bote a uno de los remaches de hierro instalados para servicio de las canoas de la compañía.

Descendió y, andando con cautela, contorneó el gran edificio fabril hasta perderse en las sombras tras el edificio.

Sin embargo, una vez que la fachada posterior la ocultó a posibles indiscreciones desde el lago o la factoría de Wilson, no siguió andando, sino que se dedicó a acechar al otro lado del estanque la difusa masa de la factoría Wilson.

Vio perceptiblemente la silueta alta que se acercaba al extremo noroeste donde trabajaba Douglas Simpson, el ingeniero.

Cuando la silueta, pegándose a la pared, entró en una zona totalmente oscura, la mujer sonrió tenuemente. Era bonita, pero sus cejas arqueadas hacia arriba conferían a su rostro una expresión mefistofélica, cruelmente irónica.

Pasaron varios minutos y, de pronto se sobresaltó... Su mano se hundió nerviosamente en el bolso...

—Buenas noches, Adrienne —saludola un individuo, cuyas gafas de gruesos cristales destellaron en la noche—. ¿Tomando el aire?

—Me asustó usted, Simpson. A estas horas le creía a usted trabajando en pro de la ciencia bélica.

—También me gusta de vez en cuando oxigenarme los pulmones. ¿Me admitiría un consejo, señora Hamilton?

—De sabios el consejo, y de necios no escucharlo —replicó ella sonriente; pero en sus ojos hubo un parpadeo de alarma.

—No elija esos parajes para sus paseos, Adrienne. Hay guardianes de noche que sueñan siempre con sabotajes... Su esposo no debería permitirle pasear sola por un lugar peligroso como éste, dada la proximidad de la presa.

Adrienne Hamilton no podía aclarar que en aquel mismo momento Charles Hamilton hallábase seguramente en el propio despacho de Douglas Simpson.

—Ya no estoy sola, Simpson. Acompáñeme usted al chalet, si mi compañía no le es ingrata.

—La misantropía que me achacan no es misoginia, Adrienne. Gustoso la acompañaré, aunque sea usted una invitada, así como su marido, de nuestro rival comercial Cornelius Van Bloke.

—¡Oh, es rivalidad amistosa! —dijo ella mientras echaba a andar hacia el chalet, distante unos diez minutos a buen paso. Tiempo más que suficiente para que Charles pudiera saber a ciencia cierta cuáles eran los trabajos de laboratorio de Douglas Simpson.

—Oí el chapoteo de los remos —dijo de pronto Douglas Simpson, y cogió del brazo a Adrienne Hamilton—. Para un alma deseosa de soledad, no cabe duda de que un paseo en canoa por la noche es lo más recomendable. Pero recuerde, señora Hamilton, que los guardianes de noche no entienden de ansias de soledad.

La mujer desvió la conversación, y poco después el ingeniero se inclinaba ceremoniosamente ante ella, y se alejaba.

Adrienne Hamilton iba a subir las escaleras que conducían al piso donde estaban las habitaciones de los invitados, cuando al filtrarse una rendija de luz bajo la puerta del despacho particular de Van Bloke, se dirigió hacia allí.

Cogiendo de un estante cercano un libro que hojeó «contra el insomnio que padezco», encontró un pretexto plausible por si era sorprendida escuchando.

* * *

Cornelius Van Bloke y Horace Wilson eran dos temperamentos dispares. El uno, de sanguínea complexión y amante del boato y la ostentación, había hecho edificar su chalet cerca de la fábrica; el otro, magro y pálido, de blancos cabellos hirsutos, llevaba su afán de economías hasta el extremo de residir durante la semana entera en una habitación de la fábrica, que habría merecido ciertos reparos si hubiese sido ofrecida a uno de los capataces.

Sentado frente a Van Bloke, Horace Wilson, rudo y lacónico, repitió por segunda vez:

—No.

Cornelius Van Bloke encogió los anchos hombros.

—Parecerá desfachatez, Wilson, que yo con mis cuarenta y cinco

años me permita aconsejar a usted, muy digno de todos mis respetos, no ya por sus sesenta años, sino por su vasta experiencia en lides comerciales. Insisto en que, tarde o temprano, la «Steel &

C.^o» hundirá a la «Phoenix». Aun es tiempo, Wilson. ¿No ocupamos las dos márgenes del lago? Unámonos y nuestros dividendos aumentarán en un cien por cien.

—No —repitió Wilson concisamente.

—¿Desea discutir alguna modificación en mi oferta? Sin embargo, no me porto abusivamente. Podría hacerlo, porque de nadie es un secreto que los dividendos de la «Phoenix» disminuyen progresivamente. Y yo le hago una oferta generosa: asociémonos, y deme el 75 por 100 de sus acciones.

—Mañana llegará Mirko Blaharoff a tu chalet, Cornelius. ¿Para qué lo has invitado?

Cornelius Van Bloke frunció el entrecejo.

—Un día, no hace más de siete, le pregunté por qué había contratado los servicios del ingeniero Simpson y usted me contestó rudamente que no metiera mis narices en lo que no me importaba. Con menos rudeza le devuelvo la frase, Wilson.

—Mirko Blaharoff es el traficante más sin conciencia que deambula por todas las partes del mundo. ¿Lo sabes?

—Una casa comercial puede emplear todos los medios utilizables para conseguir negocios en condiciones beneficiosas. Nada más lógico, pues, que los que fabricamos pertrechos de guerra adoptemos una política semejante. Y Mirko Blaharoff es no sólo un hombre encantador, sino, además, todo un prestigio financiero.

—Envidia tu fácil verborrea, Cornelius. Pero tú Mirko Blaharoff es un contrabandista cuyo único escrúpulo es no tener escrúpulos.

—Diga mejor, Wilson, que teme usted que él no le haga ninguna oferta de compra, y por eso...

Los dos hombres pusieron simultáneamente en pie y corrieron hacia la ventana del despacho.

La explosión que acababa de restallar fragorosamente, rasgó con seca rotundidad el silencio de la noche.

La pequeña columna de humo que ascendía entre llamaradas, junto a las que varios guardianes mantenían el chorro de varias mangueras, orientaba a los dos espectadores respecto al lugar donde

habíase producido la repentina explosión.

Horace Wilson asió por una solapa del *smoking* a Van Bloke.

—¿Medio eficaz para que acepte tu oferta?

Desprendióse Cornelius Van Bloke con seco tirón.

—No se extravíe, Wilson. Le juro que nada tengo que ver con esto. Yo soy un comerciante, no un criminal. Tiene que tratarse de un accidente...

Horace Wilson pareció por un instante dispuesto a golpear el rostro rubicundo de Cornelius Van Bloke, el «Magnífico».

Dio una brusca media vuelta y salió del despacho, sin ver a Adrienne Hamilton que fingía rebuscar entre los libros de la biblioteca.

CAPÍTULO II

Un estanque peligroso

El *roadster* «Auburn» avanzaba por la carretera de Filadelfia, después de dejar la autopista procedente de Nueva York.

Al volante, un impecable individuo, guantes gris perla agujereados en los nudillos para facilitar la labor de empuñar el volante, ladeada la gorra gris, y rodeado el cuello por un «foulard» de seda azul, sonreía con auténtica alegría que emanaba de sus risueños ojos azules.

—... y ¡diablos! Es lo que yo le dije: «Escuche, papanatas. Si usted cree que yo soy una niña tonta, pregúntele a mi portera». Le aseguro, patrón, que ya no volverá el tipo ese a «hacerme la rosca».

La que así hablaba era una muchacha que, sentada junto al que conducía, presentaba el encantador aspecto de la ingenua vampiresa popularizado por todas las revistas de cine.

—A veces, «*Baby*», temo que si perdieras tu vulgaridad perderías encanto. Pero atiéndeme un consejo: La señora Van Bloke me ha llamado para consultarme acerca de unas antigüedades que ha adquirido. Desea mi aprobación de perito. No debes olvidar que tú me acompañas como secretaria, y hay ciertas palabras que son tus favoritas, que podrían chocar en el ambiente de los Van Bloke.

—*Okey*, patrón. Pero aún no hemos llegado allí, ¡diablos! Oiga: esos Van Bloke, ¿son, como usted, unos vagos... ¡diablos!, perdón..., unos amantes de cuadros, estatuillas y demás monigotes?

—No. Cornelius Van Bloke trafica en planchas acorazadas, forjas de cañones, pólvora... Níquel para granadas...

—¿Níquel como el de los centavos que llevo en mi bolso?

—Sí, pero más pernicioso. Al fin y al cabo, tú con los centavos compras carmín para avivar tu encantador hociquito, y lacas para ensangrentar de mentirijillas tus uñas. Cornelius Van Bloke convierte el níquel en sangre humana, y los productos químicos que sirven para fabricar abonos, los emplea para fórmulas de gases asfixiantes. Y del salitre obtiene mucha pólvora, así como de las grasas de los residuos de carne de res obtiene glicerina para sus explosivos.

«*Baby*» miró con admiración sincera a Lord King.

—Siempre afirmo a mi almohada que es usted una enciclopedia viviente, patrón. Pero yo lo que digo es esto: que ese Cornelius Van Bloke me es profundamente antipático. Si yo fuese caricaturista, le representaría disparando un cañón en forma de ataúd, dibujando las iniciales C. van B. en el blanco y con la Muerte a sus espaldas sosteniendo una corona sobre la cabeza de ese mercader de muerte. ¡Diablos! ¡Vaya si lo haría!

—También a mí me es hondamente repulsivo ese género de negocio. Pero él te diría que son las guerras las que crean al fabricante de armas... Pero hablemos de otra cosa; él sol brilla, tú eres una jovencita sensible y el aire sopla a nuestro alrededor con amable caricia. ¿No es más bello, «*Baby*», recrearse en la contemplación de la Naturaleza o de un cuadro que hablar de los «sanguinarios internacionales»?

—Yo prefiero una película de Gregory Peck —dijo ella con hondo convencimiento.

El *roadster* entró en el camino enarenado que, bordeando el lago, conducía al chalet de los Van Bloke. «*Baby*» aplaudió gozosa.

—«¡Gee!». Hay piscina, canoas, *out-boards*... ¡Jauja, diablos!

—Una advertencia «*Baby*». Por cada «diablo» que dejes en libertad delante de los Van Bloke, te descontaré medio dolar de tu paga.

—Usted lo que quiere es hundirme en la más atroz de las bancarrotas.

Un imponente mayordomo se hizo cargo del recibimiento, y diseminó un pequeño ejército de lacayos, que, los unos portando el equipaje y los otros conduciendo el *roadster* al garaje, desaparecieron con silenciosa y disciplinada prontitud.

—Hay costumbre en la casa de saquear a los que llegan —

bisbiseó «*Baby*» yendo tras Lord King.

El mayordomo les introdujo en un salón.

—¿El señor desea que le anuncie a la señora o al señor?

—La señora Van Bloke me telefoneó ayer tarde, Elmer —replicó Lord King.

Elmer salió y «*Baby*» hizo su comentario.

—Voy a sufrir de empacho de «señor» y «señoras», patrón.

—Quizás. Pero desde este momento, mantendrás la boca cerrada, «*Baby*». Así, aumenta enormemente tu género de belleza.

«*Baby*» apretó los labios con un guiño. Sabía hasta dónde podía llegar, y conocía todas las inflexiones de voz de Lord King, el *Diletante*. Y acababa de hablar con la voz que ella secretamente apodaba: «Un cuchillo rebanando un bloque de hielo con mucha cortesía».

Patricia Van Bloke era el prototipo e la fría muñeca egoísta obsesionada exclusivamente por su modisto, el instituto de belleza y la lectura de las notas de sociedad.

Físicamente era un artificioso conjunto de rubios cabellos sedosos enmarcando un rostro de porcelana donde brillaban duramente unos grandes ojos grises. Su esbelto cuerpo era la mejor «reclam» de la firma «Armand».

Se dulcificaron sus ojos al tender la mano a Lord King.

—Bienvenido, Lord. Desde que me insinuaste la conveniencia de adquirir el juego de Sajonias de los Prescott, vivía intranquila. Por fin, Prescott ha dado un tropezón en la Bolsa y me los ha vendido. Pero antes de mandarle el cheque, quiero que tú te cerciores de que son los legítimos. ¡Oh!, no sonrías. Prescott es hombre que jugando solitarios se hace trampas él mismo.

—En un juego de solitarios es inofensiva la trampa, no así en la venta de una colección de porcelanas que vale un cuarto de millón. Pertenecieron al rey de Prusia, el tocador de flauta. Permíteme que te presente a Joan Telma, mi secretaria.

—Encantada —replicó ella distraídamente a la inclinación silenciosa de «*Baby*»—. Me reservas tu sábado y tu domingo, como perito amigo, y una semana como el más ameno de los conversadores que eres. Quédate sin rechistar. Tengo varios invitados que te gustarán. Adrienne Hamilton y su esposo... —E hizo una pausa intencionada, que Lord King interpretó

adecuadamente.

—¿El Príncipe Consorte? ¿Siguen tan europeos?

—Más qué nunca. Deliciosos. Está también Jim Biggard...

—¡Ah! ¿El tortuoso y enigmático jugador de la cicatriz en el pómulo?

—Es una cicatriz que no le afea. La obtuvo románticamente en una caza de tigres en Birmania. Y por último tengo un invitado que te deleitará. Un mil-razas vagabundo, que desayuna en Shanghai, toma el cóctel en Hawái, y baila el té en Méjico. Ahora lo tengo inmovilizado por unos días aquí. Trata negocios con Cornelius. No te quiero entretener más, Lord. Después de los kilómetros por carretera, te apetecerá un baño. Por nuestra vieja amistad, no gastes cumplidos. Sólo te pido que seas puntual a las horas de las comidas. Las trece para el almuerzo, las dieciocho para el «cotilleo», y las veintidós para la cena. Y usted, señorita, no se deje esclavizar por Mr. King. Disfrute. Está en su casa.

Media hora después, vistiendo sendos albornoces, King y «Baby» se dirigían a la playa artificial equidistante del chalet y la factoría: el *Diletante* quiso oír la impresión personal de su secretaria:

—¿Te agrada la señora Van Bloke?

—Había como un horario de ferrocarriles. Más que comer debe de gustar de chismorrear. Oiga, patrón: Yo comeré en mi alcoba, ¿quiere?

—No. Puede darse el caso de que necesite tu lápiz taquigráfico, y no estás aquí como secretaria remunerada, sino como subinvitada mía. No vuelvas la cabeza, «Baby». Viene un individuo que no me gusta, y con él no debes *flirtear*. Es peligroso..., porque su frialdad inhumana tiene mucha aceptación entre las mujeres. ¡Hola, Jim! Hace mucho tiempo que no te veía. Desde el *Derby*.

Jim Biggard vestía americana azul y pantalón blanco como cualquier otro inofensivo *clubman*. Pero la dureza de sus rasgos y la cicatriz que cruzaba su pómulo izquierdo le conferían un aspecto inquietante, que no contribuía a disminuir la total ausencia de expresión humana de sus ojos estrechos y almendrados.

—Hola, Lord. ¿Dispuesto a correr un cien metros acuáticos? Vete con cuidado. Ese estanque es peligroso.

—¿Hay tiburones? —preguntó «Baby».

—Mi secretaria Joan Telma. El señor Jim Biggard.

—Tanto gusto —dijo Biggard sin mirarla casi—. No hay peces, pero el Oak lucha con la presa artificial y forma unas corrientes subterráneas. No se alejen mucho de esta playa. Nos veremos a la hora del almuerzo. Buen baño.

Lord King despojóse lentamente de su albornoz. Pensaba en qué especiales motivos podían haber impulsado al «Tortuoso» a aceptar la invitación de Patricia, su antigua novia, muchos años atrás.

«*Baby*» silbó mirando sorprendida a Lord King. Éste inspeccionó su *slip* en busca de algún descosido...

—¿Qué ocurre, «*Baby*»? ¿No te gusta el color gris de mi bañador?

—¡Usted engaña a todo el mundo, patrón!

—No lo digas en voz muy alta... Aclara.

—Es la primera vez que le veo... pues, ¡diablos!, así de Tarzán. Y si vestido parece usted un violinista genial, así es usted el vivo anuncio del método Strongfort: «Conviértase en un esbelto atleta de impresionante musculatura».

—Todas las mañanas pierdo una hora precisamente ejerciendo el método Strongfort. ¿Sabes nadar, «*Baby*»?

—Quien lo duda, me ofende.

Y, despojándose rápidamente de su albornoz, «*Baby*» lanzóse al agua. Su breve *maillot* azul cortó lípidamente el líquido en rítmico *crawl*...

Del almuerzo, «*Baby*» sólo conservó en la imaginación tres cosas: la inquietante y silenciosa actitud de Jim Biggard, que, de vez en cuando, la miraba de soslayo; la fácil conversación amena de Lord King, que tocaba todas las variantes con discreta originalidad, y el extraño anillo de piedra negra que lucía en el meñique un individuo alto y canoso de modales untuosos y agradable sonrisa, que fue presentado con el rimbombante nombre de Mirko Blaharoff.

A las siete de la tarde, «*Baby*» prefirió hundirse en un sillón poniendo disco tras disco de la copiosa y selecta discoteca del salón fumador del chalet, mientras Lord King salía al exterior con intención de recorrer el perímetro del estanque.

Las factorías habían terminado su ajetreo, y el crepúsculo empezaba a invadir el paisaje del lago. Mientras andaba, King recordó la afectada indiferencia con que Charles Hamilton pidió a Patricia excusas por la ausencia de su esposa, «que había ido a la

ciudad ante la llamada urgente de una amiga».

Un hecho tan banal en sí, no tenía por qué imprimir cierta palidez en el rostro del franco-inglés, cada vez que durante la comida alguien citó a Adrienne.

La biografía de Adrienne Hamilton era interesante por su extravagancia. Rica heredera huérfana, abandonó Nueva York para ir a la conquista del celuloide. Pagándose su propia propaganda, logró por espacio de algún tiempo aparecer en las revistas de cine, luciendo creaciones de la moda.

Se murmuró que su primera película había sido un rotundo fracaso. Hay fracasos que encumbran tanto como los éxitos. Empezó a cotizarse el nombre de Adrienne Maesy, que culminó dando trabajo a la inventiva de las agencias de publicidad cuando su boda con el noble franco-inglés Charles Hamilton de la Couday, vizconde por ascendencia materna.

Hablaron las agencias publicitarias de que el vizconde no era hombre huraño —como otros «príncipes consortes» del celuloide— y que figuraba en todas las fiestas y reuniones a que invitaban a su esposa, alternando como si fuera un galán de moda.

Otros recortes decían «que el vizconde de la Couday tenía una personalidad muy definida y su conversación era amena e interesante (no había qué olvidar su origen francés). Galante y atento con todas las damas, su encantadora Adrienne experimentaba algunas ráfagas de celos... aunque sabía que su maridito» —y aquí el repórter destilaba sutil veneno— «una vez llegados a la intimidad de su domicilio, se deshacía en excusas y la colmaba de elogios y piropos europeos, hasta que ella, enternecida, le sorprendía con un nuevo regalo: una pitillera de oro, una sortija de brillantes o un reloj de platino... Futilezas que el amor valoriza... y cuyas facturas no eran pagadas con el fruto de las apariciones de *mistress* Adrienne Hamilton en la pantalla, ya que Hollywood no parecía prestar oportunidades a la esposa del vizconde la Couday».

La segunda aparición de Adrienne Maesy fue un nuevo y definitivo fracaso. El matrimonio desapareció de Hollywood.

Lord King leyó un día que los esposos Hamilton estaban en la Costa Azul... Los olvidó... y ahora los encontraba invitados por Patricia y en la desconcertante sociedad de un Jim Biggard,

tortuoso y hermético, y un Mirko Blaharoff, a todas luces un traficante internacional con ribetes de diplomático aficionado.

El petardeo de un *out-board* distrajo a Lord King de sus pensamientos. Había varios de aquellos artefactos veloces y ruidosos puestos por Patricia Van Bloke a disposición de sus relevos de continuos invitados.

La superficie del lago con sus diez millas de diámetro, se prestaba a las evoluciones de las pequeñas canoas automóviles de potente motor...

Aquella misma qué en tales momentos surcaba el lago, avanzaba a toda velocidad hacia una barcaza de cubierta plana anclada frente a la factoría de los Van Bloke.



...levantando la pequeña proa...

Levantando la pequeña proa como un caballo encabritado, dirigíase en línea recta hacia la barcaza maciza e inmóvil...

De pronto, Lord King corrió como atacado de repentina furia hacia la factoría... Acababa de percibir que el *out-board* avanzaba sin conductor, calado sin duda alguna el manillar de velocidades...

Y en el fondo estrecho de la embarcación era visible un cuerpo

de mujer, debatiéndose inútilmente entre ligaduras...

Lanzóse Lord King al agua y, nadando con todo el vigor que la proximidad del peligro le imprimía, fue acercándose a la barcaza. Pero le faltaba aún una decena de metros para llegar, cuando el *out-board*, con sonoro restallido, fue a chocar contra el babor ancho y plano de la barcaza.

Una llamarada brotó del motor. El *out-board* repitió su embiste, y la llamarada aumentó propagándose a la lona que cubría el espacio abierto para el tripulante...

La mujer amordazada seguía debatiéndose. El *out-board* ladeóse de banda a banda al repetir de nuevo el choque ciego contra la barcaza. El fuego prendió en la pequeña embarcación...

Lord King, chorreando agua y semiexhausto por la rápida carrera de *sprint*, asióse al borde de la peligrosa embarcación, que encabritábase como queriendo saltar por encima de la barcaza.

Su mano izquierda se chamuscó levemente al ser lamida por una llama, mientras intentaba encontrar un punto sólido en el cuerpo de la mujer amordazada que yacía en el fondo del *out-board*, amarrada contra los remaches laterales.

A tirones bruscos consiguió liberarla de los remaches, y con un esfuerzo sobrehumano, que volcó el *out-board* sobre ellos, sumergiósse a fondo, llevando enlazada en su brazo izquierdo a la mujer.

El doble peso le hizo tocar con el pie el fondo fangoso del estanque. Dio un vigoroso punta pie, y con su carga femenina ascendió de nuevo a la superficie.

Junto a su rostro vio dos bellos ojos negros, sobre los que dos cejas arqueadas hacia arriba rezumaban menudas gotitas.

Adrienne Hamilton tenía serenidad. En vez de debatirse, quedábase quieta. Sólo sus manos juntas y atadas se alzaron frente a la vista de Lord King que, pedaleando en sitio, mantenía a flote a la amordazada.

Lord King consiguió desatar las muñecas de la mujer que prontamente se quitó la mordaza.

—Gracias, señor... Ha llegado usted con la misma oportunidad que Clark Gable salva a la protagonista en la escena culminante.

El tono era humorístico, pero los labios bien dibujados temblaban.

—Si no se opone, ¿podemos continuar el diálogo en la playa? Aquí, el ambiente es ligeramente húmedo... ¿Puede nadar o la ayudo?

—Allí estaría yo ahora... —dijo ella señalando con la barbilla la llama en que se habían convertido los restos del *out-board*.

—No piense en ello, señora. Aunque esté usted un poco desaliñada, la reconozco por las fotografías que embellecieron portadas e interiores a toda plana de los «magazines». ¿Tengo el honor de nadar en compañía de *Mrs.* Adrienne Hamilton?

—Nunca mejor empleada la expresión de «encantada de conocerle».

Nadaron los dos en silencio, hasta tocar tierra. Del chalet acudían lacayos portando linternas eléctricas.

—Quiero de usted un gran favor, señor...

—Lord King. A su entera disposición.

—Por favor, no diga las condiciones en que me salvó. No me encontró atada ni amordazada. Fue un accidente: quise rozar la barcaza en alarde deportivo... y choqué... ¿Lo hará? ¡Por favor!

Adrienne Hamilton temblaba de pies a cabeza, y podía adivinarse que no era por la húmeda pegajosidad de su vestido. Lord King inclinóse levemente.

—Sin favor, señora. La interpretación de sus accidentes no me incumbe. Profeso el mandamiento oncenno de no interesarme por los asuntos ajenos. Aunque permítame decirle que es usted de una generosidad rayana en el delirio al perdonar a quien la colocó en trance tan poco galante. Apóyese en mi brazo; al fin y al cabo, acaba usted de sufrir un accidente algo ruidoso y emocionante.

CAPÍTULO III

Hablan las ametralladoras...

Cuando la chorreante pareja entró en el salón del chalet, hallaron congregados a los anfitriones y a sus invitados.

Charles Hamilton se precipitó al encuentro de su esposa.

—No alarmarse, señores —dijo Adrienne con naturalidad—. Un tonto incidente. Me creí Malcolm Campbell y siento decirte, Patricia, que he estrellado uno de tus *out-boards* contra una inoportuna barcaza que se interpuso en mi camino. Te lo puedo contar gracias a la heroica intervención de Mr. King, porque me quedé sin sentido —y apartó ella una guedeja de su larga melena negra, mostrando una equimosis cerca de la nuca—. El fue quien, lanzándose al agua y despreciando la integridad de su traje, me sacó del infierno llameante en que habíase convertido el *out-board*.

—Gracias, caballero —dijo Hamilton tendiendo la mano a Lord King y manteniendo enlazada a su esposa—. Gracias —repitió.

Mirko Blaharoff rió con benevolencia.

—Esta juventud americana es siempre la misma. Disfruta exponiendo su vida...

Charles Hamilton salió con su esposa, aconsejado por todos de que la obligase a reposar y llamara a un médico.

A solas en la alcoba, Adrienne Hamilton recibió cariñosamente el abrazo convulsivo de su marido.

—Te estás mojando, Charles. Habrás adivinado que he mentido. La «pupa» que tengo en la nuca, me la hicieron este mediodía antes del almuerzo cuando rondaba la presa. No sé quién fue: además de amordazarme, colocaron una venda en mis ojos. Sólo me lo

quitaron siete horas después (las conté segundo a segundo), cuando ya estaba atada contra el fondo de un *out-board*. Eran cuatro individuos silenciosos, con las solapas, de sus gabardinas alzadas, y los fieltros calados. Clásicos tipos de *gangster*, Charles.

Y, de pronto, toda la aparente serenidad de Adrienne Hamilton se derrumbó. Castañeteó los dientes y quedó desvanecida en brazos de su marido, que la tendió encima de la cama, prodigándole cuidados por espacio de media hora.

Al abrir ella los ojos, su primera frase fue:

—¿No habrás avisado a ningún médico?

—Me basto yo, querida. Un médico vería claramente que lo que tus cabellos ocultan es el golpe de una culata de pistola. ¿Y ese Lord King?...

—Es el caballero perfecto, hace ya tiempo oí hablar de él en Nueva York. Un experto en antigüedades. Inofensivo, vieja escuela, galante hasta el colmo, como tus antecesores, Charles, los que morían antes que revelar el secreto que una dama les encomendaba guardar.

—¿No crees que Douglas Simpson...?

—Más tarde hablaremos, Charles. Ahora —añadió con leve impaciencia— debemos bajar como si nada hubiera pasado.

—Vámonos, Adrienne —suplicó él—. Hay peligro; volverán a repetir su ataque. Quien sea, por lo que sea, ha decidido que tú has de morir... Vámonos lejos de aquí, Adrienne.

Ella arqueó aún más las cejas.

—No, Charles. Cuando me dijiste cuál era tu verdadero trabajo, me entró una fiebre de aventuras. Te he ayudado en otras ocasiones tanto o más peligrosas que ahora... y no quiero renunciar a esas nuevas emociones.

—Tiene razón Mirko Blaharoff —dijo tristemente Hamilton—. Las mujeres americanas tomáis el juego con la Muerte como un «récord» más a batir. Pero, desgraciadamente, ahora el «récord» significa dos muertes: la tuya y la mía. Porque si mueres, yo me haré saltar la tapa de los sesos, por haberte mezclado en todo eso...

—¡Bah! No seas europeo ni melodramático, Charles. Ahora nos tomaremos un enérgico cóctel y brindaremos por Lord King, mi salvador y héroe discreto y modesto.

Sí la misión del hombre considerado como un científico capaz de producir inventos que asombren al mundo es la de emplear las horas que los demás utilizan en descansar, sumiéndose prolongadamente en su laboratorio, no cabía la menor duda que Douglas Simpson cumplía a la perfección su misión de ingeniero y posible inventor de la firma «Phoenix», la fábrica de Horace Wilson.

Eran las once de la noche cuando Horace Wilson entró en el despacho-laboratorio de su ingeniero, que inclinado sobre una ametralladora antigua del tipo «Hiram Maxim», hacía retroceder el cierre de carga.

—Buenas noches, Simpson. Tengo que hablarle en serio.

El ingeniero limitóse a asentir en silencio, continuando en sus manipulaciones con el mecanismo de la ametralladora.

—Usted me fue recomendado por un Senador amigo mío —siguió diciendo el viejo Wilson—. Lleva poco tiempo a mis órdenes y, sin embargo, he adquirido gran confianza en usted. Nunca en mi larga vida, he encontrado a un hombre más experto en armas que usted, Simpson.

Tras los gruesos cristales de los lentes del ingeniero, los ojos tuvieron un fugaz destello irónico.

—Me especialicé en todo lo referente a la ingeniería bélica, *Mr.* Wilson. Por cierto, que si no voy equivocado, conseguiré introducir en sus ametralladoras una modificación que, impidiendo en absoluto el encasquillamiento, eche abajo el actual poderío en ese ramo de la «Steel». También creo que ya es sólo cuestión de días que acierte la exacta dosificación de la mezcla de acero y níquel para lograr un mayor coeficiente de resistencia blindada.

—Me felicitaré de que pronto sean realidad sus experimentos, Simpson. Pero actualmente, la realidad es que anteayer fuimos objetó de un intento de sabotaje. Pretenden hundir a la «Phoenix», no ya comercialmente, sino con métodos de terrorista. Desearía que llegado el momento en que intervengan las autoridades competentes, usted me sirviera de testigo, Simpson.

—Incondicionalmente —y el ingeniero sonrió sarcásticamente, inclinado sobre la ametralladora—. Le garantizo que cuando las autoridades intervengan, yo le serviré de testigo. Buenas noches,

Mr. Simpson.

Durante más de media hora, dedicóse Simpson a la labor de recomponer la caja de mecanismo de la ametralladora. Colocó un peine de cuarenta cartuchos.

Y cuando hubo encajado los dientes del peine mortífero en posición del primer disparo, hizo dar media vuelta al cañón enfocando la puerta, en la que desde hacía unos segundos, Charles Hamilton hallábase inmóvil.

Como al desgaire, la diestra de Hamilton rodeaba el arco de acero del gatillo de una moderna ametralladora «Hotchkiss»... que yacía tumbada sin horquilla encima de una mesa junto a la puerta de entrada. El tambor estaba repleto de balas...

—Anteayer noche se permitió usted dirigir veladas amenazas, a mi esposa, Simpson —habló Hamilton, roncamente—. Esta tarde fue solo cuestión de azar que mi esposa no pereciera carbonizada.

—Lamentable segunda parte. Por lo que a veladas amenazas se refiere, soy el primero en confesar que el velo ha de ser muy tupido, porque no recuerdo haber proferido ninguna clase de amenazas.

—Espíaba usted a mi esposa, y repitió con insistencia que no paseara por estos alrededores alejándose del chalet.

—No son amenazas, sino amables recomendaciones, pues si bien soy misántropo soy también muy sensible a la belleza femenina, y lamentaría que tan bella mujer cómo lo es su esposa, muriera de muerte violenta.

—¿No es esto una nueva amenaza? —Y la mano de Hamilton se crispó alrededor de la guarda del gatillo.

—Al contrario. Es reconocer lo que ocurrirá y que esta tarde, según me cuenta, estuvo a punto de ocurrir. ¿Por qué no aparta usted la mano de la «Hotchkiss»? Tiene un gatillo muy hipersensible y podría disparársele.

—Quisiera saber lo que encubre usted bajo su pseudo-personalidad de inventor... que no inventa nada.

—¡Ah!!... ¿Fue usted quien anteayer anduvo escarbando en mis papeles? Lo debí comprender. Aprovechó usted mi ausencia... Hábil estratagema. Su esposa llamó mi atención golpeando los remos y mientras... Bien; sólo en las películas los inventores están al alcance de cualquier fisgón. ¿Trabaja usted por cuenta del gobierno francés, Hamilton? ¿O por cuenta de Van Bloke?

—Sabe usted demasiado, Simpson. Voy a...

—No lo haga, Hamilton. No dispare...

Charles Hamilton, con un ronco grito, presionó el gatillo; una ráfaga de balas barrió el suelo. Douglas Simpson, inmóvil, apretó los labios y sus mandíbulas sobresalieron proeminentes.

Quitóse las gafas y sus ojos miraron duramente al vizconde.

—La «Hotchkiss» está cargada solo con cartuchos sin pólvora, Hamilton. En cambio, la «Maxim» que tengo dirigida hacia su cintura tiene cuarenta balas rellenas de pólvora de la mejor clase. No se mueva. Hasta ahora usted se limitó a fisgonear por todas partes donde se fabrican armamentos. Pero no sabía que tuviera resabios de asesino. ¿Por qué quería matarme?

—¡Porque usted fue quien intentó asesinar a Adrienne! —gritó Hamilton convulso.

—Supongamos que el amor le extravía, Hamilton. Advertí a Adrienne que no rondara por aquí, porque sería sensible que sufriera un irreparable accidente. Interpretelo como quiera, Hamilton. Usted y su esposa harán mejor en marcharse. Y en cuanto a mí, puedo jurarle que nada tengo que ver con lo ocurrido a su esposa. Por donde se presente Mirko Blaharoff, los pececillos de su categoría, Hamilton, llevan siempre las de perder. Hay quien afirma que trabaja usted para la casa Schneirler-Creuzot; otros opinan que vende usted secretos de fabricación al mejor postor...

Charles Hamilton soltó la inútil ametralladora, que cayó al suelo con estrépito. Su palidez aumentó.

—Váyase antes de que sea tarde —siguió diciendo Simpson con seca entonación—. Ese lago será pronto un volcán en erupción, y la vida es bonita en la Costa Azul o en la Riviera italiana, cuando dos esposos están enamorados. Y por esta razón le perdono su intento de asesinarme, Hamilton. Márchese ya, antes de que me arrepienta y dispare.

Charles Hamilton, lívido y descompuesto, retrocedió y abandonó el despachó-laboratorio.

Douglas Simpson se inclinó sobre su ametralladora, calóse los lentes, y empezó a hacer saltar una a una las balas...

Esta vez no percibió la entrada de un individuo que, con las solapas de su gabardina alzadas y el fieltro echado sobre los ojos, cogía del armero un fusil-ametrallador...

—Crúcese de brazos, Simpson —ordenó la voz velada por una bufanda de seda que el recién llegado llevaba alrededor de la boca.

Douglas Simpson no pestañeó. Volvióse lentamente y se cruzó de brazos.

—Dos visitas curiosas, Simpson. La primera demuestra que el viejo Wilson acusa a su amigo Van Bloke de sabotajes. La segunda visita ha demostrado que usted sabe mucho más de la vida privada de los espías, que de su pretendida profesión.

—¿Seré ridículo si le pregunto quién es usted, que domina tan perfectamente el arte de escuchar ajenas conversaciones?

—Si desea saber cómo llamarme, puede llamarme «Audax». Desde luego, no es un nombre corriente. Lo adopté el día que comprendí que las empresas arriesgadas producen emociones insospechadas.

—¿Y qué emoción busca en mi despacho?

—La de saber quién es usted.

—Douglas Simpson...

—Es curioso. Tengo un amigo, jefe de Estado Mayor, y creo que una vez en que me proponía entrar al servicio de su información secreta, cargo que rechacé, me citó a un tal Douglas Simpson, el «as» de su contraespionaje. Pero ¡diablos!, como diría una amiga mía, ¿qué está haciendo aquí el «as» del contraespionaje americano en tierra americana?

—Si supiera quién se oculta bajo el nombre de «Audax», quizás podría saciar su curiosidad. Pero quien como usted lleva como tarjeta de visita uno de mis fusiles-ametralladores...

—Mi amigo del Estado Mayor, me informó también que el misántropo conocido por Douglas Simpson, prefería antes que hablar con sus cuerdas vocales, hacer hablar las ametralladoras, y es lógico que procure garantizarme contra posibles riesgos...

Con pasmosa celeridad, Douglas Simpson se arrodilló mientras, levantando la pesada «Maxim», la lanzaba con todas sus fuerzas contra Lord King.

Lord King distendióse como un muelle bien engrasado, y su salto lateral evitó por milímetros el pesado impacto de la máquina, que chocó ruidosamente contra la puerta...

Un repentino resplandor distrajo a los dos hombres qué iban a lanzarse el uno contra el otro...

La vivísima luz precedió en fracciones de segundo a la estruendosa explosión que desplazando ondas de aire, derribó a Douglas Simpson y a Lord King.

Lord King salió corriendo al exterior. La presa de agua que suministraba energía eléctrica a la fábrica

«Steel &

C.^º» acababa de volar dinamitada.

Cuatro individuos corrían hacia la parte posterior del edificio de la

«Steel &

C.^º». Uno de ellos llevaba en su diestra un cartucho blanco alargado y rematado por una mecha negra por la que chisporroteaba un puntito rojo que iba crepitando...

Lord King presionó el gatillo de su fusil-ametrallador. Alcanzado en el brazo, el individuo que sostenía el cartucho de dinamita lo dejó caer.

Los otros tres giraron, enfrentándose con aquel inesperado atacante. Uno de ellos aplastó la mecha del cartucho.

Tiráronse al suelo disparando al unísono sus pistolas ametralladoras...

Refugióse Lord King en el interior del despacho de Simpson, qué con un fusil-ametrallador apoyado en el marco de la ventana, roció con varias ráfagas a los tres hombres tendidos.

—Pese a su incógnito, «Audax», no es usted un saboteador. Por tanto, de momento, más vale que no nos peleemos. Creo que esos dinamiteros tienen las de perder. Están descubiertos, aunque disparan con tino —dijo Simpson agachándose cuando un punteado horizontal de balas astilló el marco de la ventana en que se hallaba.

Lord King alzó hacia el techo el cañón de su fusil-ametrallador y cuando Simpson volvió a asomarse, los tres hombres tendidos habían desaparecido, llevándose al herido.

—¿Por qué no les disparó usted?

—Es misión suya, amigo. Yo casi felicito a los que tienen el buen gusto de sabotear las fábricas de armamentos. Si hubiera suscripciones para apoyar esa sabia institución, yo la encabezaría con un generoso donativo.

—Me huele a anárquica su confesión. Pero, sin embargo, le atizó usted unos plomos al que llevaba una antorcha de dinamita.

—Odio la brutalidad. Bien, sigo con ventaja, Simpson. Su fusil-ametrallador enfoca al exterior y el mío le mira atentamente. ¿Qué hace usted aquí?

—La respuesta la tiene en lo que acaba de ocurrir. Empiezan los acontecimientos... Ahí viene gente, «Audax». Una de dos: si quiere seguir conservando el incógnito, tendrá que matarme o marcharse.

—Prefiero marcharme, pero por si acaso, tire al suelo su fusil-ametrallador. Al suelo, amigo. No contra mi anatomía.

El «as» del contraespionaje dejó caer su fusil-ametrallador, sonriendo.

—No sé quién es usted, «Audax». Pero me parece leal y muy americano. Hasta otra.

Lord King desapareció corriendo en la obscuridad.

Poco después, Douglas Simpson colocó sus gafas que le molestaban extraordinariamente, y adoptó su aire más científico y ausente cuando entraron en tromba Horace Wilson, Cornelius Van Bloke y Mirko Blaharoff.

—¿Qué ha sido? —preguntó Wilson congestionado.

—Hicieron saltar la presa —dijo lacónicamente Simpson—. Cuatro individuos. Uno iba a dinamitar su factoría, Van Bloke. Le propiné un par de balazos. Huyeron. Eso es todo.

—Nos hallamos frente a una conjura anárquica. Tendré que avisar a las autoridades. ¿Tiene inconveniente, señor Wilson?

—No sólo no tengo inconveniente, sino que iba a aconsejar lo mismo. Aunque creo que su invitado, el señor Blaharoff, no será quizás de nuestra opinión.

—¿Por qué no? —replicó con la más obsequiosa de sus sonrisas el armenio—. Ustedes son comerciantes... y yo también. Y a los tres tiene que repugnarnos el empleo de las armas como procedimiento persuasivo.

Douglas Simpson emitió un gruñido que podía ser interpretado como un compendio de sarcasmo. Pero los tres hombres habían abandonado ya su despacho.

CAPÍTULO IV

Un intruso en la conferencia

Mirko Blaharoff demostró una peculiar predisposición a gozar de las primicias del nuevo día, por cuanto a las siete de la madrugada, empuñando su «stick» de golf, empujaba suavemente la bolita hacia uno de los hoyos del campo que ocupaba la parte posterior del chalet de los Van Bloke.

Un nuevo jugador vino a reunírsele.

—Suma torpeza, Biggard —dijo el armenio, a modo de saludo.

—¿Lo de Adrienne? No es mi culpa. Recomendó que la elimináramos simulando un accidente. Las medias tintas no me van. Para matar no hay que emplear sistemas de novela a lo Edgard Wallace.

—Le pago cinco mil al día, para que lo que yo le ordene salga con la misma pulcritud que lo planeo. Hay que quitar de en medio a los esposos Hamilton, porque han venido a comprar para la Schneider y yo no estoy dispuesto a pagar los precios que Schneider ofrece. Procure lograr un par de accidentes bien planeados.

—¿Meditó en una cosa? Lord King halló forzosamente a la mujer amordazada y atada. ¿Por qué aceptó la versión del accidente?

—Por galantería. Tengo informes de quién es. Un ocioso inútil, inofensivo.

—Muerto, será aún más inofensivo.

—Matar inútilmente es estúpido, Biggard. Ahora vamos a otra cuestión. ¿Quién le ordenó que hiciera saltar la presa?

Jim Biggard falló el golpe de mazo que destinaba a una pelota fácil. Y era buen jugador de golf.

—¿Yo? ¿La presa? No sé de qué me habla...

—¿No oyó la explosión? ¿No fueron sus hombres los que...?

—Hubiese sido sordo si no la oyese. Pero mis hombres estaban durmiendo tranquilamente en Oak Harbour.

—¿Cómo? —Y el armenio, reprimiendo su estupor, acaricióse las canosas sienes—. Bien: ésa es una ola de fondo que no la esperaba. ¿Quién demonios habrá ordenado ese sabotaje?

—Es la misma pregunta que repetirán cuando lleguen dentro de unas horas, el coronel Lloyd Roney y Havelock Parker, el subsecretario de comercio. Han sido llamados por teléfono por Cornelius Van Bloke. Han de celebrar una conferencia en el despacho de Van Bloke.

Marchóse Mirko Blaharoff. Imperturbable, Jim Biggard continuó jugando al golf.

* * *

En la gran mesa del despacho de Cornelius Van Bloke, sentábanse el dueño del chalet, Horace Wilson y Douglas Simpson.

Ocupaban las dos cabeceras Havelock Parker, el subsecretario de Comercio amigo de Van Bloke y Lloyd Roney, el viejo coronel de Estado Mayor, que no era amigo de nadie, porque para él sólo existía una amistad: la disciplina al servicio de la Patria.

Cornelius Van Bloke adoptó su aire más oficioso para empezar la exposición de los hechos.

—Tendré que resumirles primero, señores, los hechos que motivaron mi urgente llamada...

—Será mi deber comunicar a mis superiores cuanto aquí se hable, Van Bloke —interrumpió el coronel.

—Hay un fácil arreglo, mi coronel, para evitar que confíe exclusivamente en su memoria. Casualmente un invitado de mi esposa vino con su secretaria taquígrafa. Con su permiso, voy a llamarla.

—Aguarde un instante —atajó el coronel—. Déjeme primero cerciorarme de si esta señorita puede escuchar las conversaciones que aquí han de tener lugar. ¿Cómo se llama?

—Es secretaria del señor King. Usted mismo, mi coronel, puede ir en busca de ella y juzgar por sí mismo.

Instantes después, el viejo coronel, orientado por un lacayo, inclinábase rígidamente ante «*Baby*», que estaba tomando al dictado frases de Lord King.

Presentóse a sí mismo el coronel.

—¿Tendría usted inconveniente Mr. King, en que la señorita, empeñando su juramento de no repetir nada, tomara taquigráficamente la deliberación de una conferencia privada?

—Ninguno. Póngase a las órdenes del coronel, «*Baby*». Con el permiso de ustedes, iré a bañarme. Honradísimo en haberle podido serle útil.

A solas con la secretaria, Lloyd Roney la miró complacido.

—¿Hombre de negocios, el señor King? —preguntó.

—Relativamente, sí. Cuadros, mohosas vajillas y demás, ¿sabe? Ahora mismo estaba yo tomando al dictado unas opiniones sobre el astigmatismo pictórico de un tal Domenico Theocoputli, apodado el Greco, con lo cual pienso que debía tratarse de un delincuente.

Lloyd Roney sufrió un repentino acceso de tos. Sus ojos se redondearon a efectos de la sorpresa.

—¿El Greco un delincuente? Tiene gracia, su broma, señorita.

—No hay tal broma, ¡diablos! —«*Baby*» miró intranquila a su alrededor, pero ya no estaba Lord King—. Perdón por lo de diablos. Se me escapó... No tengo costumbre, pero se lo oí decir a un lacayo. Pues sí, digo un delincuente, porque ¿los maleantes no son los que llevan apodos? Bien, coronel, ¿dónde tengo que trasladarme con mis cachivaches?

—Jurará usted sobre la Biblia no repetir a nadie lo que oiga.

—Jurado. A mí las cuestiones de armas, explosiones, y demás, no me interesan más que vistas en la pantalla.

Al entrar «*Baby*», Van Bloke se puso en pie con exquisita cortesía. Los demás le imitaron maquinalmente, hasta que «*Baby*» estuvo sentada junto a Havelock Parker.

—Ahora puede hablar, Van Bloke. Le escuchamos —dijo Roney.

—Han ocurrido graves incidentes que no vacilo en calificar de maniobras terroristas. Fue primero un incendio en la factoría «Phoenix» que, afortunadamente, no tuvo consecuencias por la pronta llegada de los guardianes avisados por el ingeniero Simpson.

Lloyd Roney inclinó la cabeza como si aprobara la intervención del ingeniero, al que había sido presentado aquella mañana,

fingiendo ambos verse por vez primera.

Sin embargo, Lloyd Roney sabía perfectamente quién era en realidad el ingeniero Douglas Simpson.

—Ayer noche, unos desconocidos hicieron estallar mi presa de energía eléctrica. Y se disponían a dinamitar mi factoría, cosa que no lograron gracias de nuevo a la eficaz intervención de Mr. Simpson. Antes de pasar a sentar conclusiones, quizás seré algo prolijo, pero sé que en muchos medios sociales el fabricante de armas, no goza de simpatías. Sin embargo, no somos responsables en modo alguno de que la Humanidad se encarnice en destrozarse. No soy partidario del humorista inglés que comparando su empresa similar a la mía con la de un fabricante de muebles, decía, que si era lógico que éste fomentara los matrimonios para aumentar las ventas de mobiliario, también él tenía lógicas razones en fomentar su particular ramo del comercio. Si se considera que la industria de armas es un cáncer en el organismo de la civilización moderna, no es un cuerpo extraño a ella, sino un resultado obligatorio del mal estado de salud del cuerpo mismo.

—Ya que habla de cánceres, ¿qué hace en su casa Mirko Blaharoff?

La intempestiva pregunta del coronel no aturdió en lo más mínimo a Cornelius Van Bloke.

—Los granjeros asiáticos desbrozan la selva trabajosamente, mi coronel. Necesitan potentes cargas de pólvora para extraer troncos y raíces. También en aquellas latitudes los contratistas americanos de ferrocarriles necesitan continuamente pólvora en grandes cantidades. También para la minería... En fin, el señor Mirko Blaharoff es un agente comisionista legal del mercado asiático, y compra a quien le hace mejores ofertas. ¿Puedo proseguir hablando, mi coronel, hecha esta aclaración?

Lloyd Roney no se distinguía por su diplomacia. Sabía que Van Bloke consumía gran parte de sus beneficios en sobornos, y tenía a orgullo que nadie pudiese sobornar a ningún soldado americano.

—Su argumentación es irreprochable, Van Bloke. Tan irreprochable como uno de sus «slogans» de venta que dice: «Jamás vendemos armas de fuego a menores de edad. No vendemos armas a nadie que creamos pueda poner en peligro la seguridad pública». Es indudable que la

«Steel &

C.^o» vela bondadosamente y con precaución contra posibles imprudencias.

—Observo, mi coronel, un ligero humorismo en sus palabras. Yo quisiera convencerle de que, así como es verdad que el Estado Mayor vela cuidadosamente para evitar las guerras, y si estallan procura abreviarlas, nosotros, los mal llamados Mercaderes de la Muerte, deseamos más que nadie que las espadas se tornen arados y las lanzas horquillas agricultoras. Nosotros ayudamos a que lleguen esos bellos tiempos vendiendo balas de cañón para curar al enfermo.

Havelock Parker tosió con sonrisa discretamente reprochadora.

—Permítanme recordarles, señores, que si el diálogo es altamente instructivo, nos apartamos de lo que hemos venido a tratar.

—Cierto —aprobó Van Bloke—. Pido excusas. Decía que determinados sectores nos miran con antipatía. Sin embargo, constituimos organismos legales. Nuestros directores son elegidos entre escrupulosos científicos, mantenemos estrechas relaciones de acatamiento con los Gobiernos, los banqueros nos conceden créditos porque saben que somos ante todo patriotas, y somos siempre los primeros en advertir los peligros de guerra.

—Exacto —barbotó Roney—. Son ustedes los creadores de los bulos, pagando a ciertas personas para que difunden rumores alarmistas. Las verdaderas guerras, sólo nosotros estamos en condiciones de prevenirlas. Pero no quiero que el señor subsecretario de Comercio me llame la atención. ¿A dónde quiere usted venir a parar, Van Bloke?

—A demostrar que, siendo un honrado organismo legal, requiero protección del gobierno y del ejército mientras no se descubra la organización fraudulenta que planea los atentados terroristas contra mi fábrica.

—¿Puedo hablar, señores? —solicitó Douglas Simpson—. Gracias. Lamento tener que contradecir al señor Van Bloke. No hablo como ingeniero a sueldo de un rival comercial; sino como patriota. Invoca constantemente el señor Van Bloke su patriotismo. Quiero recordar un incidente sobre el que se corrió un denso velo de silencio gracias a los múltiples resortes que posee la

«Steel &

C.^o». Esa fábrica sirvió al Ministerio de Marina planchas acorazadas defectuosas. Se hizo una severa investigación en los talleres de la «Steel», y se descubrió un fraude sistemático en la fabricación de la plancha. El sistema de producirla no siempre es acompañado del éxito; a veces hay en el acero fallas o defectos que lo inutilizan como coraza. De ahí que asistan siempre a la fabricación inspectores oficiales, que rechazan el acero evidentemente defectuoso y escogen de cada grupo una plancha para someterla a pruebas balísticas especiales.

—Es reprobable su actitud, *mister* Simpson —atajó Van Bloke, cuya rubicundez había subido varios grados—. Un fallo lo puede tener cualquier industria...

—Déjeme terminar. En los talleres de la «Steel» se cogían las planchas de prueba y a espaldas de los inspectores, se las recocía y volvía a temprar de noche para hacerlas mejores y más resistentes. Se falsificaban deliberadamente los datos sobre el tiempo de forja y cocido de cada plancha, y el Estado recibía cantidades de planchas inferiores a los precios corrientes de producción. Declaro, pues, que si el señor Van Bloke pide protección para su fábrica que cree amenazada, no lo haga invocando su patriotismo, sino su bolsillo. He dicho... y ya no hablaré más.

—Apruebo todo lo dicho por el ingeniero Simpson —dijo Lloyd Roney levantándose—. Vámonos, Parker. Si estallan bombas en estas factorías, intervendremos cuando ocurran desgracias personales. Por el instante, defienda usted mismo sus intereses, señor Van Bloke. Buenos días, señores.

Van Bloke acompañó a sus visitantes hasta la puerta. Regresó enfrentándose con Douglas Simpson.

—¿Tiene usted, por lo visto, mucho interés en que saltemos todos en pedazos, Mr. Simpson?

—Haga la misma pregunta a las viudas y madres de combatientes fallecidos.

Baby se levantó asustada.

—Yo... creo que sobro, ¡diablos!

En la puerta del despacho, que cerró tras sí, un individuo vistiendo gabardina con las solapas levantadas, y fieltro calado hasta los ojos, habló con voz velada por una bufanda de seda

arrollada en la parte inferior de su rostro, cuyos ojos estaban cubiertos por gafas negras.

—En esta conferencia faltaba mi voz, señores. Aplaudo la última frase del señor Simpson. Aplaudo simbólicamente, porque mis manos no pueden hacerlo.

Cornelius Van Bloke sentóse levemente atemorizado. El intruso esgrimía en cada mano una automática último modelo.

—Son armas de sus almacenes, Van Bloke.

—¿Quién... quién es usted?

—Quiero que todo el mundo conozca pronto a «Audax». Por el instante, vosotros dos vais a oírme. Sois dos sabandijas que, por medios insospechados, azuzáis y fomentáis las guerras, confortablemente instalados en vuestros sillones. ¿No es vuestro negocio vender armas?

—Haré observar que no comprendo esta intrusión. No estoy dispuesto a discutir...

—Vea, Van Bloke —gruñó Simpson divertido—. El llamado «Audax» es el único que puede discutir, y siempre tendrá la razón.



—¿Quién... quién es usted?

—¡Qué no me culpen a mí! Culpe a la tontería humana. Si usted vende veneno, mientras haya quien lo compre...

—Dando por ciertas sus palabras, Van Bloke, puesto que su negocio es matar al por mayor, pienso emplear su método. No descansaré hasta reducir a cenizas su factoría. Ha sido un repentino capricho. Voy a competir con usted en administrar la muerte automática. Tengo ya la certeza de que Mirko Blaharoff ha venido a encargarle grandes pedidos de armas. Apresúrese a servírselos antes de que se le agoten las existencias.

Horace Wilson, que en toda la mañana no había pronunciado palabra alguna, dijo de pronto una incongruencia:

—Ordénale a su fantoche que se vaya, Van Bloke. Este hombre es cómplice tuyo. Quieres hacerme creer que te amenazan, para encubrir la realidad de que fuiste tú quien saboté mi factoría.

—¡No sea estúpido, viejo testarudo! ¿No estalló mi presa?

—Oigan —intervino Simpson—. Tengan en cuenta que ya pueden pelearse con tranquilidad. El intruso ha abandonado la

sesión.

Cornelius Van Bloke fue corriendo hacia la puerta. Llamó a voces a su mayordomo. Nadie supo dar razón del visitante enmascarado.

—Persisto en que es un cómplice de Van Bloke —dijo Horace Wilson.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Anoche me visitó este «Audax», también de incógnito, y una de dos: o es un loco deportista entrometido, o un anarquista. Pero no es agente de Van Bloke. Lo que sí es cierto, es que tendré que dispararle a las piernas la primera vez que lo vea de nuevo. Sobran ya complicaciones en el lago sin necesidad de que las aumente este intruso.

«Baby» levantóse definitivamente, tragando saliva.

—Yo... vine con el coronel. Él se marchó... Yo también ¿no?

Sin aguardar respuesta, dirigióse aceleradamente al exterior. Vio a lo lejos, en la playa artificial, a Lord King disponiéndose a saltar desde una palanca. Fue un impecable salto mortal, con limpia entrada en el agua.

Aguardó ella impaciente a que Lord King saliera del agua.

—Malas noticias, patrón. Douglas Simpson está soñando con las piernas de «Audax». Desea destrozarlas a tiros.

—Bien; ¿y qué me cuentas a mí? Díselo a «Audax»... si lo conoces.

—Yo... no. Pero ¡diablos!, queda usted advertido.

—Y tú recibirás medio dolar menos de tu paga semanal. Te lo advertí también.

—¡Diablos, diablos y rediablos! Descuénteme dos dolares... pero al menos he quedado satisfecha a medias.

Y «Baby» marchóse irritada. Antes reprochaba a Lord King que fuera un *dandy* apocado... y ahora deseaba verse lejos del lago del Oak.

Para su gusto, había demasiadas armas en los dos grandes caserones de las riberas del lago.

CAPÍTULO V

Mirko Blaharoff, «El encantador»

Horace Wilson y su ingeniero disponíanse a abandonar el despacho de Cornelius Van Bloke, siendo inútiles cuantos esfuerzos hizo éste para intentar el fusionamiento de las dos firmas industriales.

—Recuerde, Wilson, que ya no insistiré más. Mi compañía es mucho más fuerte que la suya y no tengo por qué mendigar una unión, que sólo en provecho suyo ha de redundar.

Horace Wilson, que se dirigía hacia la puerta, volvió sobre sus pasos.

—Desde que te instalaste en el lago, Cornelius, no tuviste más que un propósito: hundirme. No lo lograrás, ni con ofertas de unión a tu beneficio ni con intentos de sabotaje.

—¿Otra vez, viejo testarudo? —Gruñó Van Bloke airado—. Esos sabotajes me han perjudicado a mí más que a usted...

—De las discusiones violentas nunca nace la luz de la concordia —dijo Mirko Blaharoff apareciendo en el umbral—. Si me permitieran intervenir, probablemente lograría coordinar los intereses mutuos. Deseo hablarles con toda sinceridad. Pero antes ruego al señor Douglas Simpson que nos permita discutir a solas. Son asuntos privados que sólo incumben a los propietarios, de la «Steel» y de la «Phoenix».

Douglas Simpson examinó la cortés apostura del armenio e iba a obedecer, bien dispuesto a escuchar desde la terraza, cuando Horace Wilson intervino en seca autoridad:

—Si quiere usted hablar, Blaharoff, hágalo delante de Simpson. Es mi hombre de confianza.

—Naturalmente —y el índice erecto de Van Bloke se abatió como el de un fiscal acusando, dirigido contra el ingeniero—. Defiende usted al hombre que ha logrado que el Estado nos niegue su apoyo, por remover asuntos ya olvidados que él puso al descubierto.

Mirko Blaharoff extendió ambas manos en ademán de pacificador.

—En buena ley comercial, señor Van Bloke, debemos admirar la actitud del señor Simpson, ya que defendía intereses de su patrón al atacarle a usted. Si el señor Wilson determina que el ingeniero Simpson es merecedor de su entera confianza, me inclino. Con el permiso de ustedes.

El armenio sentóse, imitado por los otros tres. Hizo un triángulo con las manos, apoyando el vértice en sus labios y los codos en los brazos del sillón, y entrecerró los párpados.

—Hay instantes en que debe abandonarse toda reserva y se hace preciso hablar con toda sinceridad, aunque sea poco comercial. El motivo de mi visita está tácitamente al alcance de todo el mundo. He venido a adquirir a un precio de fuerza excepcional, cuanto material bélico puedan proporcionarme. Un ambicioso general chino va a liberar su región. Dispone de buenas reservas financieras, y me ha encomendado la misión de suministrarle el armamento preciso. Estoy en condiciones de transportarlo, y los mismos que llevarán las armas a bordo, son a la vez técnicos en su empleo. Yo allano las dificultades que para ustedes supondría el transporte. Mis barcos vendrán al lago a cargar. Pero es lógico que una vez estudiada la oferta del señor Van Bloke, esté dispuesto a estudiar la oferta del señor Wilson, aunque debo confesar que mi verdadera intención es conseguir la total producción ya terminada de que disponen ambas fábricas.

Horace Wilson lanzó otra de sus características preguntas abruptas:

—¿Es un secuaz suyo este pistolero que se llama a sí mismo «Audax»?

Mirko Blaharoff enarcó las dos cejas en ademán interrogativo. Su sinceridad en esta ocasión era real.

—¿«Audax»? Por vez primera oigo citar este nombre, y puedo jurar por mi religión y mis antepasados, que ignoro totalmente de

quién se trata y a quién se refieren.

—Hace unos instantes —explicó Van Bloke, en quien acababa de nacer una repentina sospecha— que un individuo, cuyo rostro era irreconocible y que esgrimía dos pistolas automáticas, vino a insultarnos, declarando que si nuestro cometido era «matar al por mayor», nos iba a seguir por el mismo camino...

—Yo voy a concretar con más exactitud, señor Blaharoff —dijo Simpson quitándose los lentes, y jugueteando con ellos—. Hace un año, usted se presentó en una fábrica de aceros del Canadá. Venía también a adquirir «género». Entonces, lo era con destino a unos insurrectos hindús. Coincidió con su llegada una serie de sabotajes, que achacados a fuerzas terroristas, hicieron que usted lograra como consecuencia del pánico creado, adquirir a bajos precios lo que en circunstancias normales habría significado un dispendio triple. ¿Ha venido usted a emplear aquí la misma táctica? ¿Se debe a usted el conato de incendio que prendió en un hangar de la «Phoenix»? ¿Es usted el que maneja en la sombra los hilos que obligan a actuar a los maniqués que ayer hicieron saltar las turbinas y los generadores eléctricos de la «Steel &

C.^o»? He dicho. No pienso hablar más.

Esta vez no sólo aprobó Horace Wilson mudamente, sino que el propio Van Bloke cabeceó calurosamente. El ingeniero acababa de expresar en voz alta sus sospechas.

Desde los quince años, cuando empezó acompañando turistas, hasta sus cuarenta y nueve, en que era un hombre con crecidas cuentas corrientes en todos los Bancos del universo, Mirko Blaharoff estaba acostumbrado a oírse acusar de cosas peores.

Sin embargo, nunca había perdido su apostura sonriente y amable, que le valía de sus mismos enemigos el apodo de «El Encantador».

—Reconozco que las palabras del señor Simpson no son meras suposiciones sin fundamento —declaró sonriente—. Es cierto que en el Canadá recurrí a esa especial jugada comercial. Lógico es, pues, que ahora se piense lo mismo. Dije antes que venía a hablar con entera sinceridad, y créanme o no, nada tengo que ver con esos manejos, que reputo obra de terroristas. El motivo de que no tenga que recurrir a tales extremos es sencillísimo: El general chino en

nombre del cual vengo a adquirir mercancía, me ha dado carta blanca y puedo comprar al precio que sea. Mi único interés es lograr que ustedes dos, respectivamente, vengan a un buen acuerdo.

Horace Wilson se levantó, imitado por Simpson.

—No veo razón conminatoria ninguna en su oferta de compra, Blaharoff, que me obligue a unirme con Van Bloke. Yo le ofreceré mi precio y usted adquirirá o no. Eso es todo.

Mirko Blaharoff levantó los hombros en ademán de asentimiento.

—La producción de la «Steel» es triple que la suya, señor Wilson. Me temo que los precios del señor Van Bloke me serán más convenientes.

—¿No dijo usted que su amarillo le había provisto de fondos ilimitados?

—Sí. Pero mi norma ha sido siempre favorecer a ambas partes: a mi cliente y al suministrador. Puedo contratar con el señor Van Bloke la adquisición de toda su actual existencia, y futuras entregas a plazos rápidos, trabajando sus operarios en turnos de día y de noche.

Horace Wilson abandonó el despacho seguido de su ingeniero. No se despidió siquiera.

Mirko Blaharoff volvió a cerrar los párpados, y su voz fue extremadamente insinuante cuando dijo:

—Una operación que signifique varios millones «extra», ¿cloroformizaría su conciencia, señor Van Bloke?

La voz de Van Bloke se hizo varios grados más baja, inconscientemente, al replicar:

—Deseo que me exponga su idea, Blaharoff.

—El señor Simpson es un agente del contraespionaje estatal.

Van Bloke dio un respingo, y crispó los puños.

—¿Cómo lo sabe?

—En mi profesión tengo que disponer de elementos informativos. El señor Simpson cuando lleguen mis barcos a suministrarse, habrá informado por radio a una patrulla del ejército, que intervendrá la mercancía y seguramente le procesarán, señor Van Bloke. Estimo que la muerte de Simpson, si puede explicarse razonablemente, nos favorecería en extremo: ¿Está de acuerdo conmigo?

Van Bloke extrajo su pañuelo y lo arrugó entre sus manos sudorosas.

—Escuche, Blaharoff. Voy a serle sincero. Tengo millones, pero mi mujer se ha acostumbrado a ver en mí una máquina de fabricar millones. Mi conciencia...

Se detuvo, porque la mirada del armenio rebosaba de ironía, al asestarle de pronto una ojeada, más desconcertante, por cuanto había abierto repentinamente los párpados. Mirko Blaharoff volvió a cerrar los ojos. Era buen jugador y sabía cuándo llevaba los triunfos.

—Mi... conciencia repugna los métodos violentos, pero si Simpson se ha propuesto entorpecer el natural desarrollo de mi industria, debe sufrir las consecuencias. Por mi esposa, yo...

—Suplico que no aluda a la señora Van Bloke. Yo soy soltero, y mi sola ambición es amontonar millones. Somos iguales. Procuremos unir nuestras direcciones. Dígame: la prima del seguro contra accidentes que paga usted por la «Steel» es elevadísima, ¿no?

—Me supone un quince por ciento de mis beneficios anuales.

—Una noche, próxima ya, cuando mis dos barcos hayan cargado todas sus existencias, Van Bloke, su fábrica saltará en mil pedazos, asimismo como la «Phoenix»..., en cuyo interior estarán imposibilitados de moverse Simpson y Horace Wilson...

Cornelius Van Bloke pasóse repetidamente el pañuelo por entre el cuello de su camisa y la carne.

—Esto... es criminal...

—Los productos que sus máquinas elaboran, Van Bloke, ¿son acaso destinados a fuegos de artificio? No; son tanto mejores cuanto más mortandad realicen.

—¿Por qué destruir la «Steel»? —tartamudeó el financiero.

—Será usted uno más de los siniestrados. Vestirá usted un honorable luto por la muerte de su amigo Wilson... y percibirá el valor total de la «Steel». Dobles beneficios, y para el futuro, la nueva fábrica Van Bloke, producirá solamente materias inofensivas, como celulosa, pasta de madera, y abonos químicos, cuyas utilidades sabré pregonar, y en las que el Estado no se sentirá dispuesto a intervenir, mandando a otro Simpson. Mi llegada representa para usted, Van Bloke, una suma equivalente a diez millones.

—¿Puedo... darle mi respuesta mañana por la mañana? Déme veinticuatro horas para reflexionar, Blaharoff. Es tan ruda su proposición que necesito acostumbrarme a ella. Le doy mi palabra de que, tanto si acepto como si no, nadie sabrá nada de lo que hemos hablado.

—No lo dudo, Van Bloke. Hemos sido dos buenos conspiradores de ópera... lo cual —y no se vuelva—, debe molestar extraordinariamente al caballero que intentaba oírnos desde la terraza. Y ahora —el armenio alzó repentinamente la voz—, estimo, señor Van Bloke, que llegaremos a un completo acuerdo, visto que, como siempre, sólo atiendo a dos consideraciones: favorecer a mi cliente sin perjudicar los intereses de quien nos suministra. Hasta después, señor Van Bloke.

Alejóse Douglas Simpson rápidamente de la terraza. No había logrado oír nada, pero prometíase que de entonces en adelante iba a dormir escasas horas.

* * *

Patricia Van Bloke avanzó al encuentro de Mirko Blaharoff, que con su anticuada elegancia, muy grata en América, doblóse por la cintura para besar la diestra femenina.

—Buenos días, Mirko. He estado aguardándole, porque estoy inquieta, mortalmente inquieta.

—¿Rompió usted su jarrón egipcio, o le falta algún collar de su valiosa colección, señora?

—No se burle, Mirko. Mi marido está preocupado por los recientes atentados terroristas.

—No hay motivo, señora. La «Steel &

C.^o» posee un seguro fortísimo contra toda clase de accidentes.

—Pero... ¿y nuestras vidas? Temo por él...

—Tranquilícese. Desgraciadamente, he adquirido en mis andanzas por tierras asiáticas una filosofía práctica que me demuestra, como dice Lin-Yu-Tang, que la estupidez humana es un insondable abismo sin fondo. Los terroristas son ingenuos. Destruyen la obra y no al hombre. No peligra la vida de Cornelius. Se lo garantizo. También le garantizo, que puede usted, sin temor

alguno, seguir consultando el excelente *diletante* artístico, el señor King, sobre sus adquisiciones de esas maravillosas filigranas que los antiguos nos legaron para que supiéramos apreciar la incommovible verdad de que todo lo antiguo era mejor, exceptuando, naturalmente, la exquisita belleza femenina, que logra perfecciones hoy en día que nunca existieron antaño. A sus pies, señora mía.

Volvióse a inclinar Mirko Blaharoff y depositó otro beso en la mano de Patricia Van Bloke.

El armenio cruzó los jardines, y su forma de aspirar el humo del aromático veguero que acababa de encender era un compendio de distinción y de conciencia tranquila e irreprochable. Miraba las copas de los frondosos árboles, como si le extasiasen los trinos de los pájaros, y volvía ostensiblemente la espalda a las humeantes chimeneas de las dos factorías, como si aquel espectáculo, en cambio, fuera para él un panorama detestable.

Sacudió con elegancia la ceniza, al oírse decir:

—Necesito hablar con usted, Mirko.

El armenio inclinóse ceremoniosamente, entrecerrados los párpados, como si le deslumbrara la hermosa figura de Adrienne Hamilton.

—Ha viajado demasiado por Oriente, Mirko. Su semblante adquiere expresiones de mandarín impenetrable.

—Debo recordarle, Adrienne, que nací en Oriente: En la cuna de todas las civilizaciones, en el cálido paraje de la transición entre Europa y las Indias. ¿Necesita usted hablarme, dijo?

—Usted sabe quién soy yo, Mirko, y finge ignorarlo.

—No es fingimiento. Se trata únicamente de discreción, pero ya que usted misma solicita mi opinión, le diré cuanto sé sobre usted misma. Se arruinó en presuntuosas campañas cinematográficas, que una vez más demostraron que en Hollywood no triunfan la belleza ni la inteligencia, sino el azar. Conoció al vizconde de la Couday, un aristócrata arruinado, que para vivir en hoteles y viajando según su rango le había acostumbrado, no tenía inconveniente en servir al «Deuxieme Bureau»^[1]. Usted se convirtió en su esposa y en su colaboradora. Pero —y el armenio sonrió amablemente— sienten una ambición excesiva. Desean a todo trance saber a quién destino las armas que he venido a conseguir, para informar al «Deuxieme-Bureau» que, velando por sus intereses en la zona sur de China, les

ha mandado vigilar de cerca mis andanzas. ¿Estoy equivocado en algo, Adrienne?

Ella no contestó, porque Charles Hamilton irrumpió casi corriendo.

—¿Qué ocurre, Adrienne? ¿Qué haces aquí con ese hombre?

Mirko Blaharoff volvió a entrecerrar los párpados.

—¿Hay algún impedimento para que dos invitados de los Van Bloke diserten banalmente, señor Hamilton?

Charles Hamilton apartó con firmeza a Adrienne, que intentaba retenerlo.

—Escuche, Mirko Blaharoff: Usted es un viajante macabro que no vacila ni titubea cuando se trata de vidas humanas, con tal de llevar a buen fin sus propósitos. Pero he de anticiparle una cosa, que por Dios juro que cumpliré. Si le ocurre el menor incidente a Adrienne, yo le he de matar sin la menor contemplación ni remordimiento.

—Modere su diapasón, Hamilton. Ahí viene otro invitado y podrían chocarle sus palabras. El señor Jim Biggard quizás no tenga costumbre de oír amenazas de muerte...

Jim Biggard miró con indiferente frialdad al trío.

—Buenos días —saludó—. ¿Saben la última noticia? Ha aparecido un personaje extraño que se llama a sí mismo «Audax» y que mantiene intrigado a Van Bloke. Usted debe de ser hombre avezado a misterios, Blaharoff; ¿quién supone que puede ser este enigmático intruso?

Mirko Blaharoff señaló con el extremo de su cigarro habano a Charles Hamilton.

—Quizás pueda el vizconde de la Couday saciar su sed informativa, Biggard. En todo americano hay un repórter nato... y en todo europeo hay una propensión a lo melodramático y folletinesco.

—¿Qué quiere usted insinuar? —preguntó Hamilton secamente.

—Bajo la máscara de «Audax» pueden investigarse muchos puntos que a rostro descubierto supondrían ciertos peligros.

—La presencia del señor Biggard me impide replicarle como se merece, Blaharoff. Usted se limita a destilar la insidia de que yo pueda ser el enigmático «Audax». Yo puedo asegurar que esas artimañas son más propias de su artera ejecutoria de viajante de

pólvara.

—Considero impropio su léxico, señor Hamilton —reprochó fríamente Biggard.

—Nadie le pide su opinión particular, Biggard —se acaloró Hamilton, volviendo a desprenderse del brazo de su esposa—. Usted, a quien llaman el «Tortuoso», no es quién para dictarme normas...

Jim Biggard adelantó su puño izquierdo tan rápidamente, que Charles Hamilton no tuvo tiempo de prevenir el puñetazo. Se tambaleó alcanzado en pleno entrecejo; un segundo golpe, aun más seco y potente del hombre de la cicatriz, derribó al suelo al franco-inglés, de cuyas cejas partidas empezó a manar un hilillo de sangre.

Adrienne Hamilton cayó angustiada de rodillas junto a su esposo, cuya cabeza hizo reposar sobre sus rodillas. La palidez cadavérica de Charles Hamilton hizo perder la prudencia a Adrienne, que alzando la cabeza gritó:

—¡Fuiste tú quien me ató al *out-board*! —Y su temblorosa diestra señalaba a Jim Biggard.

El «Tortuoso» miró interrogativamente a Mirko Blaharoff, que por dos veces, en mudo asentimiento a la silenciosa pregunta, abatió los párpados.

La mano de Jim Biggard iba en busca de su automática, cuando una voz exclamó a espaldas del grupo:

—¡Diablos! Perdón, perdón... —Y «*Baby*» tosió finamente—. ¿El señor Hamilton tropezó?

Tras ella, Lord King, en albornoz de baño, miraba a Mirko Blaharoff.

Adrienne Hamilton fue la que contestó:

—Un incidente que les ruego olviden. Mi marido provocó al señor Biggard, y, en lenguaje deportivo, ha sido «noqueado». Como en los «*rings*», después ambos se darán la mano y asunto olvidado. No debemos escandalizar a los Van Bloke. ¿Tiene usted la bondad, señorita, de ayudarme?... Apoyado en dos mujeres, Charles no llamará la atención.

«*Baby*» y Adrienne Hamilton desaparecieron llevando entre las dos a Charles Hamilton, que se apoyaba pesadamente en ambas.

Mirko Blaharoff rió jovialmente, con expresión de distinguida crítica. Su explicación iba dirigida a Lord King.

—La impulsiva sangre latina del señor vizconde no halló acogida paciente en la agresiva serenidad del señor Biggard. Lamentable. Buenos días, señores.

Antes de irse, los párpados de Mirko Blaharoff dirigieron un pestañeo que fue de Biggard a Lord King.

Jim Biggard sentía un secreto rencor contra Lord King, porque era la imagen de lo que un día él mismo fue: un *diletante* ocioso.

—¿Te ha extrañado ese incidente, King?

—Es de mal gusto, según nuestro código social, demostrar extrañeza, Jim. Cuanto sucede, sucede porque debe suceder. No es a mí a quien corresponde averiguarlo.

—La cobarde discreción de siempre, ¿no?

Lord King dio un paso atrás, sonriente.

—Exacto. En la cobarde indiferencia egoísta reside el secreto del vivir sin complicaciones.

—Haces bien, King. Pero ¿por qué te metiste a salvador de la doncella que peligraba en el lago? Es una complicación...

—Mi indiferencia egoísta no llega a tanto como a permitir que ante mis propios ojos muera un semejante, sobre todo si es una linda mujer. Lo que lamento es que la casualidad quisiera que yo estuviera allí.

—¿Quieres un consejo, King? Lárgate. La atmósfera está caldeada.

—No ha terminado aún el estudio técnico de las Sajonias adquiridas por Patricia.

Jim Biggard dio un paso hacia adelante. Asió las solapas del albornoz de Lord King.

—Yo sé muy bien que todos vosotros, los parásitos sociales, me conceptuáis un «fuera ley», un incalificado que vive no se sabe cómo. No me importa tu desdén. Lord, porque yo te desdeño más. Pero si me quieres hacer caso, vete... porque te lo ordeno.

—Me conmueve tu preocupación por mi egoísta bienestar, Jim. Pero tengo un deber que cumplir con Patricia, y a eso vine.

Jim Biggard asestó dos rápidos «uppercuts» a media distancia, y de nuevo Lord King, ladeándose con una oportunidad milimétrica, evitó ser alcanzado.

—Sería impropio de nosotros dos, Jim, comportarnos como dos borrachines pendencieros. Al fin y al cabo somos dos elegantes

inútiles.

Jim Biggard, levemente desconcertado, ante la serena técnica boxeadora del hombre que acababa de esquivar tres golpes infalibles, miró duramente al que seguía creyendo un deportista inofensivo.

—Si mañana sigues aún aquí, King, no podrás esquivar la paliza que pienso darte.

—Pero ¿por qué quieres que me vaya, hombre? —Y la voz de Lord King casi tenía una entonación suplicante.

El pistolero se encogió desdeñosamente de hombros.

—Porque me da la gana.

—Razón de mucho peso, Jim. ¡Yo, que estaba disfrutando tanto aquí!

—Quedas avisado. Me molesta tu presencia.

—Bien. Debo, pues, considerar que tengo que irme..., pero de ahora en adelante, no te saludaré. ¡Adiós!

Y Lord King marchóse con digno continente, dejando bien sentada su fama de intelectual apocado y poco amante de las violencias.

CAPÍTULO VI

Joyas, una dama y el ladrón

A las once de la noche reinaba una completa oscuridad en la alcoba de Patricia Van Bloke.

La habitación tenía dos puertas que comunicaban respectivamente con su cuarto de baño y la alcoba de su esposo.

Un disco redondo de luz acariciaba los cortinajes, de los que descendió a la cama desocupada, con el embozo abierto por la doncella...

La linterna eléctrica siguió enfocando distintos rincones hasta detenerse en el mueble tocador, donde el juego de peines, cepillos y frascos de cristal tallado labrados en oro, alternaba con las últimas creaciones del maquillador Max Factor.

El mueble de torneadas patas *Chippendale* tenía tan sólo dos cajones, sobre cuya cerradura se posó alternativamente el redondo haz de luz.

El visitante nocturno, un individuo vistiendo *smoking*, portando baja el sobaco un bastón de negro ébano con puño de marfil, avanzó hacia el pequeño mueble.

Cubría su rostro en la parte inferior una blanca bufanda de seda, cuyas vueltas negligentemente arrolladas solo dejaban visibles una nariz en cuyo entrecejo dibujábase la doble curva de un antifaz, orificios del cual estaban velados por una transparente telilla azul.

Las manos enguantadas del ladrón extrajeron de su chaleco una llave plana dotada de resortes y múltiples dientes laterales. Poco después, los dos cajones quedaban abiertos.

En su interior había varios cofrecitos, y, con experta

valorización, el ladrón fue eligiendo aquellas joyas cuyo precio residía en las piedras y no en las monturas.

Envueltas en su pañuelo de seda quedaron cinco perlas de purísimo oriente que formaban un brazalete cuyo cierre era una gruesa esmeralda. Doce brillantes engarzados en broche alrededor de una voluminosa perla negra, pasaron a hacer compañía en el pañuelo al brazalete.

Un collar donde alternaban los diamantes con los rubíes, fue la tercera joya que pasó a poder del ladrón, quien doblando cuidadosamente los extremos de su pañuelo, lo introdujo en su bolsillo.

Con las restantes joyas, que volcó sobre el tocador, se dedicó a una extraña labor. Fue alineándolas simétricamente hasta que encima del mármol destelló una palabra multicolor: «AUDAX».

Disponíase Lord King a abandonar la alcoba, cuando con ligera celeridad silenciosa, corrió a esconderse tras el alto respaldo del lecho.

Un seco «¡clic!» del conmutador iluminó profusamente la alcoba y Patricia Van Bloke entró, echando sobre una silla la esclavina de pieles que cubría sus hombros, desnudos en el vestido de noche.

—Puede retirarse, Loretta —ordenó a su doncella—. Ya la llamaré si la necesito. No pienso acostarme aún.

Patricia Van Bloke dio varios paseos a lo largo de su habitación, como si estuviera sumida en inquietas reflexiones. De pronto dejó escapar un leve grito de asombro y se acercó a su tocador.

Leyó la palabra que se destacaba claramente encima del mármol, y abrió nerviosamente los dos cajones, volcando los vacíos cofrecitos. Acabó de inspeccionar los cajones, para comprobar si las tres joyas más valiosas que faltaban estarían más al interior, y al cerciorarse del robo, corrió hacia la cabecera de su cama dispuesta a empuñar el timbre...

—No lo haga, señora —rogó una voz velada y opaca.

Llevándose las dos manos a los labios para reprimir la exclamación de sorpresa, Patricia Van Bloke retrocedió...

La figura del enmascarado le parecía irreal..., pero Lord King sostenía su bastón en una forma peculiar y poco tranquilizadora.

El puño ocultábase a su espalda, y el resto del bastón pasaba bajo el sobaco y hundía su extremo en el bolsillo del *smoking*, que

enhiesto rígidamente, daba la exacta impresión de un arma de fuego apuntando a la esposa de Cornelius Van Bloke...

—No lo haga —repitió «Audax»—. Sea amable y siéntese en su tocador. No pensé imponerle mi poco grata presencia, pero se anticipó usted a mis cálculos.

—Me faltan unos... diamantes, y... —Patricia Van Bloke dejóse caer más que se sentó, en el escabel del tocador, mirando fijamente al enmascarado que frente a ella, se situó al pie de la cama.

—Esas joyas deben quemar su linda piel, señora. Es cínicamente imperdonable que sea yo quien hable en nombre de cierta moral alterada, pero quisiera creer que usted ignora de dónde proceden los millones que su infatigable esposo acumula.

—Un ladrón de guante blanco... —murmuró Patricia Van Bloke—. No puedo creerlo...

—Es cruel que le diga que le bastará con echar otra mirada a sus cofres para cerciorarse de que desgraciadamente para usted, existo.

—¿«Audax»? —Y de pronto ella sonrió, cesando el temblor en sus labios—. ¡Jim! ¡Eres Jim Biggard! Sólo tú, a quien achacan inconfesables medios de vida, puedes ser capaz...

—Tengo que desvanecer esta confusión, señora. No sé si el tal Jim Biggard saqueará tocadores femeninos, pero yo no soy Jim Biggard. Dejé mi tarjeta de visita sobre el mármol. Es ley de buen gusto evitar que otros carguen con la responsabilidad de los actos de los que únicamente soy yo responsable. Su marido es un financiero que sabría apreciar el cariz comercial de la operación que acabo de efectuar. Las joyas que he elegido representan el valor de las armas que he ido robando de sus almacenes. Sí: es un doble robo considerándolo vulgarmente. Pero el riesgo que supone el manejarlas cuando llegue el momento oportuno, me ha hecho adquirir una especie de prima de seguro. La labor que me he impuesto, la valorizo en las joyas robadas. Hasta hoy con la sangre de los diezmados por los productos de la fábrica

«Steel &

C.^o» usted ha lucido refulgentes joyas... Que sirvan ahora para impedir la nueva operación de la

«Steel &

C.^o».

Patricia Van Bloke trataba de averiguar a quién pertenecía la

voz que hablaba cortésmente, pero con cierto dejo de burla. Le fue imposible descifrar ninguna entonación particular en las palabras que brotaban opacas ahogadas por la bufanda.

—Usted es un ladrón —dijo coléricamente y con ingenua inutilidad.

—Es innegable. No pretendo discutir su punto de vista. Excúseme ahora por el cometido que tengo que cumplir. Me va a ser preciso amordazarla y atarla, para permitirme abandonar esos contornos sin molestias. ¿Quiere ser tan amable?...

Enmudeció de pronto Lord King. En la puerta de la alcoba sonaban apagados tres golpes, obra de unos nudillos.

«Audax» inclinóse al oído de Patricia Van Bloke.

—Ruego que no mencione mi presencia, señora. Tendría que disparar sobre usted y la persona que desea verla. Y es extremo que sólo empleo en circunstancias inevitables.

Los nudillos se impacientaron y repitieron su golpeteo.

«Audax» volvió a situarse tras el respaldo de la cama. Patricia Van Bloke procuró afirmar su voz.

—Adelante.

Jim Biggard, impecable en su *smoking*, entró en la alcoba.

—Sólo unos instantes, Patricia. Tu marido está enfrascado en no sé qué estudios en su despacho. Quiere hablarte.

Ella en silencio, designó un sillón en el que se sentó su visitante.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, extrañado—. ¿Te impresiona tanto mi nocturna visita? Lo pasado ya murió, Patricia. Hoy eres la esposa de Van Bloke y ante sus millones tú no serías capaz de ir conmigo a Reno^[2]. ¿Has abusado del matiz blanco en tu maquillaje, Patricia? Estás palidísima...

—Al fin y al cabo, Jim, no puedo negar que me impresiona esta tu repentina visita.

—No la atribuyas a motivos románticos. Murió en mí todo romanticismo el día en que apreciaste que era de mejor calidad el carnet de cheques de Cornelius, que mi modesta renta hereditaria. Tengo entendido que Cornelius tiene el buen acuerdo de consultarte sus dudas. Posiblemente en esta misma noche te consultará acerca de si debe o no acceder a una proposición de Mirko Blaharoff. Acceder, supone para Van Bloke un ingreso neto de diez millones de dolares... sin impuesto alguno.

Patricia Van Bloke respondió con firme seguridad:

—Cornelius no vacilará en aceptar. Te lo garantizo —y la recientemente desposeída de sus joyas más caras, suspiró consolada. La pérdida sería pronto reparada.

—Te ocurre algo extraño, Patricia, no me preguntas siquiera por qué tengo yo interés en que Mirko Blaharoff obtenga lo que desea.

—Supongo que tendrás en ello una comisión. Cuenta conmigo, Jim.

—¿Sea lo que sea, lo que Mirko haya propuesto a tu marido?

—Sea lo que sea... son diez millones. Ahora vete, Jim. Puede llegar mi marido, y podría equivocarse.

—Bien —y Jim Biggard levantóse lentamente—. Confío en que mañana a primera hora tu marido dará a Blaharoff una respuesta afirmativa. ¿No te fatiga hallar modos en qué gastar lo que tu marido gana?

Y sin más palabras, Jim Biggard abandonó la alcoba.

Patricia Van Bloke quedóse inmóvil en su escabel.

—Se marchó. Puede usted salir... —habló en dirección a su cama.

Intrigada se puso en pie al no obtener respuesta... La cortina que se balanceaba en la ventana le dio la respuesta.

El misterioso ladrón había ya abandonado la alcoba. Seguramente, pensó ella, segundos después de entrar Jim Biggard, y protegido por el cortinaje que endoselaba el lecho y caía a la cabecera.

Y descolgó nerviosamente el teléfono interior, llamando a Cornelius Van Bloke.

* * *

Jim Biggard recorrió varias veces el pasillo donde se hallaban las puertas de las habitaciones de los huéspedes, apenas hubo salido de la alcoba de Patricia Van Bloke.

Ante la puerta de la habitación de Adrienne Hamilton, empujó de pronto, y desapareció en su interior, volviendo a entornar la puerta.

Acercóse a la ventana que daba al balcón abierto sobre la terraza y se ocultó tras el cortinaje que caía a un lado. Ajustó un silenciador

a su automática.

La orden de Mirko Blaharoff había sido terminante.

—«Ella quiere a su marido. Podría echarlo todo a perder, Biggard. Líquidela limpiamente, y llévese el cuerpo. Cuando Charles la busque... le encontrará usted en cualquier lugar lejos del chalet».

Jim Biggard aguardó pacientemente. Si entraban los dos esposos juntos, sería preferible. Una faena limpia, y después, ayudado por sus hombres, los dos cadáveres bien lastrados irían a hundirse en el fondo del lago.

Media hora después, la puerta se abría y entró Adrienne Hamilton, sola. La diestra de Jim Biggard apartó el cortinaje tomando puntería.

En la terraza, un enmascarado proyectó una extraña sombra al alzar su bastón, que restalló secamente, con agudo silbido, sobre la muñeca del pistolero.

Jim Biggard volvióse con una imprecación dolorida para hacer frente al inesperado agresor, que consecutivamente lo asestó dos brutales conterazos en pleno pecho.

Adrienne Hamilton corrió hacia su mesilla de noche, de cuyo cajón extrajo una pequeña automática.



...apartó el cortinaje tomando puntería.

Jim Biggard saltó a la terraza, pretendiendo agarrar por el brazo al enmascarado. Dos nuevos bastonazos de plano le obligaron a bajar las manos.

Fue retrocediendo empujado por el bastón hasta que su espalda chocó contra la balaustrada. Un recio impacto de la contera en su cuello le hizo balancearse, y perdido el equilibrio, su cuerpo osciló, y dando media vuelta sobre la cintura, cayó al jardín.

Tras él, en elástico salto, lanzóse el enmascarado...

Cuando Adrienne Hamilton asomóse a la balaustrada, sólo vio

sombras en el vasto jardín.

* * *

Lord King, al caer sobre la punta de los pies, flexionando las rodillas, corrió en dirección opuesta a donde estaba el cuerpo de Jim Biggard.

Al atravesar la galería desierta que conducía a los salones donde Patricia Van Bloke atesoraba su pequeño museo, Lord King introdujo en un extremo de su bufanda, que se quitó del cuello, el antifaz, que quedó oculto al volver a cerrar los botones-presión.

Depositó su bastón en un paragüero repleto de entremezclados bastones y paraguas. Y entró a paso normal en el salón, donde aguardaba «*Baby*», que detenida ante los cuadros que representaban a los antepasados de los Van Bloke, le vio llegar con secreto alivio.

—Hace media hora que estamos aquí juntos, muñeca —bisbiseó rápidamente Lord King—. Colócate mi bufanda bajo la capa. Bien... Ese caballero fue un magnífico defensor de los ideales emancipadores que dieron lugar a la guerra civil de la Secesión. Todos los modelos de estos cuadros forman la dinastía Van Bloke.

Ella señaló un cuadro en el que se veía a un jinete.

—¿Todos son antepasados? Supongo que sólo lo serán los que están encima —y bajando la voz, añadió—: Ronda por los alrededores el inventor de pega: Douglas Simpson.

—¿Acaso te figuras que un inventor tiene una configuración especial?

—¡Oh!, bien, no le exijo que se caracterice de sabio distraído como Hugh Herbert, pero yo tengo olfato, y el tal Simpson es un inventor de pega. Algo así como el que una vez me propuso arreglarme mi reloj de cuco, y seguramente debió de equivocarse en alguna pieza, porque luego era el cuco el que salía por su ventanilla y me preguntaba la hora que era. No me haga caso, patrón; estoy nerviosa perdida. Hay en la terraza una sombra que se está arrastrando por el suelo... ¿Habrá caimanes en el lago?

Jim Biggard, andando encorvado, medio de rodillas, medio en pie, entró gimiendo roncamente en el salón.

—Ayúdenme..., me he caído...

Y abatióse de bruces encima de la alfombra, privado de sentido.

Lord King arrodillóse junto a él, y le reconoció el cuerpo con presiones rápidas. «*Baby*» abalanzóse hacia el cordón de una campanilla, que agitó frenéticamente...

Lord King siguió arrodillado. A sus espaldas la voz de Cornelius Van Bloke, preguntaba:

—¡*Mister* Biggard! ¿Qué le ocurre?

—Estábamos mi patrón y yo tomando notas de las vitrinas —explicó «*Baby*» con vehemente celeridad— cuando entró arrastrándose ese señor, que dijo que acababa de caerse y nos pidió ayuda.

Lord King levantóse, sacudiéndose las rodilleras.

—Nada roto. Debió de caer sobre las manos, que tiene despellejadas y contusas. Es de suponer que caería sobre una mata de rosales, por las espinas y pétalos que hay en su *smoking*.

—Tiene algo de Sherlock Holmes su sensata deducción, señor King —dijo Mirko Blaharoff, que acababa de entrar, vistiendo bata de noche echada precipitadamente sobre su pijama—. ¿Estima grave el estado del señor Biggard?

—No soy médico, pero he visto actuar a los ayudantes de equipos de rugby. Jim Biggard presenta algunas contusiones extrañas en el cuello y en las muñecas, pero nada graves. Esta noche dormirá profundamente, y mañana estará de nuevo en forma. Si me toleran la insidiosa sugerencia, quizás... mi amigo Jim bebió en demasía, debió de resbalar y no pudo recuperar su equilibrio.

—Ésa es también mi opinión —aprobó Mirko Blaharoff—. No es preciso contarle a las señoras. No tienen benevolencia para los discípulos de Baco. Yo mismo llevaré al señor Biggard a su habitación.

El armenio demostró su potencia muscular, cargando con facilidad sobre su hombro el derrengado cuerpo de Jim Biggard, con el que desapareció escaleras arriba.

Tras unas frases banales, Lord King deseó las buenas noches a Cornelius Van Bloke, y se marchó con «*Baby*».

Cornelius Van Bloke regresó a su despacho, y, recogiendo unos papeles dispersos, subió a la habitación de su esposa.

Oyó con creciente asombro la explicación del robo.

—... y debemos avisar a la policía, Cornelius.

—No. Guarda silencio.

—No te comprendo. Están ocurriendo hechos extraños, uno tras otro, y deberías contratar a unos cuantos detectives particulares.

Cornelius Van Bloke pasóse la mano por las cejas como para borrar de ellas un molesto dolor.

—Ten paciencia hasta mañana por la noche a más tardar, Patricia. La pesadilla de este intempestivo «Audax» acabará mañana por la noche, porque abandonaremos el lago, si Mirko Blaharoff me compra todas las acciones de la «Steel», como espero.

—¿Piensas abandonar la factoría?

Por vez primera, Cornelius Van Bloke habló imperativamente a su esposa:

—No me preguntes. Conténtate con saber que Mirko Blaharoff ha de proporcionarme mucho más del valor real en que yo mismo taso la «Steel».

—Tengo miedo, Cornelius. Tú mismo has perdido la serenidad que acostumbras tener, y en todos veo expresiones equívocas. Los Hamilton...

—Son, como Jim Biggard, invitados tuyos muy inoportunos.

—Me telefonearon, y no pude negarme a recibirles. Son gente distinguida.

—Cuyos medios de vida se ignoran. Admito que invites a un imbécil inocuo como Lord King... En fin, perdona. Tengo los nervios alterados. Hasta mañana.

Y Cornelius Van Bloke pasó a su alcoba. Iba ya a entrar en ella, cuando, forzando una sonrisa, se volvió y dijo:

—No te preocupes por tus joyas. Pasado mañana Cartier te conseguirá en Nueva York los duplicados exactos. Buenas noches.

CAPÍTULO VII

Quien pega primero...

Asistido personalmente por Mirko Blaharoff, Jim Biggard abrió los ojos a la una de la madrugada, y removiéndose lentamente en el diván de su habitación hasta cerciorarse de que todos sus músculos funcionaban normalmente.

Se contempló las muñecas hinchadas y negruzcas y las palmas de sus manos, cuyas llagas estaban enrojecidas por reciente yodo.

Durante unos segundos murmuró, en voz baja una serie de imprecaciones, que hicieron asomar una sonrisa de burla conmisericordiosa en el rostro del armenio.

—¿Usted es el hombre decidido a todo que vale cinco mil dolares, cuando una mujer se basta para arrojarle por la ventana como a un pelele fanfarrón?

Jim Biggard abrió y cerró por dos veces las manos antes de contestar.

—Antes de ironizar, sepa primero lo ocurrido. Iba a disparar con silenciador contra Adrienne, cuando repentinamente recibí en la muñeca un bastonazo. Un individuo enmascarado me atacó empleando un bastón, y me derribó por la balaustrada de la terraza.

—El relato de sus desventuras no puede emocionarme, Biggard. Yo le contraté para una labor bien definida, y usted va de fracaso en fracaso. ¿Qué me importa a mí del enmascarado?

—¡Es Douglas Simpson! No puede ser otro.

—Repito que me tiene sin cuidado quién sea. ¿No conoce usted el refrán que dice que quien pega primero, pega dos veces? Su enmascarado se lo ha enseñado prácticamente.

—Agitar marionetas es fácil, manejando hilos, y sin tomar parte en las danzas que desarticulan a los monigotes.

—Para eso pago. ¿Piensa usted ir ahora a un sanatorio de viejas reumáticas a reponerse de los quebrantos de la paliza sufrida?

—No me encomiende misiones de paños calientes, simulación de accidentes. Dígame: «¡Por ése!», y quedará satisfecho.

—Bien. Lo vamos a comprobar. Mañana ha de ultimar la finalización del asunto que aquí me trajo. Podemos, pues, suprimir los tapujos y obrar abiertamente. Sobran tres personas: Douglas Simpson, por espía del Estado, y los dos Hamilton, por espías franceses y concurrentes. Líquídelos. ¡A ellos!

—¿Con los cuerpos...?

—Al fondo del lago. Y no se vuelva a dejar vapulear por su enmascarado. A las siete iré a jugar al golf. Espero que esta primera parte de su misión habrá quedado cumplida.

Jim Biggard se puso en pie al marcharse Mirko Blaharoff. Cumpliría hasta el fin su contrato..., y, después, había decidido ya suprimir al armenio.

Cogió del ropero una gabardina, echóse sobre los ojos el ala del fieltro, y colocóse en cada bolsillo una automática.

Instantes después abandonaba el garaje del chalet, conduciendo el rápido «Buick» que le servía para sus tareas peligrosas. Lo detuvo a diez millas más al norte de las factorías, frente a la casa de campo alquilada como eventual y para alojar provisionalmente a sus cuatro satélites de confianza.

Los cuatro pistoleros seleccionados por Jim Biggard ocuparon silenciosamente sus puestos en el coche, que volvió a emprender el camino hacia el lago del Oak.

—Hay dos faenas esta noche —empezó a explicar Biggard—. Primeramente, hay que liquidar al ingeniero Simpson, de la «Phoenix». Si es posible, sin ruido; de lo contrario, como sea. Como no hay que sonsacarle nada, se tratará sólo de localizarlo y disparar o machacarlo a culatazos. Herramientas pesadas al cuello, y ¡al agua! ¿Entendido?

Los cuatro restantes asesinos cabecearon asintiendo.

—Segunda parte: los esposos Hamilton duermen en una habitación alta del chalet. Habrá que atraparlos sin alboroto. Una vez aquí dentro, la misma suerte que al ingeniero. ¿Alguna

pregunta?

Ninguno contestó, y poco después el coche se detenía en un paraje boscoso, cercano al edificio de la «Phoenix».

Jim Biggard fue indicando el camino hasta que los cinco pistoleros se detuvieron ante la puerta que daba acceso al despacho-laboratorio y a la alcoba de Douglas Simpson.

La puerta del despacho no estaba cerrada. Jim Biggard la empujó con precaución y, quitándose el sombrero, lo ondeó en el umbral. Entró, seguido y flanqueado por su escolta.

El tableteo del fusil-ametrallador fue delatado para los ojos expertos y vigilantes de los pistoleros, por los fogonazos del apagallamas.

Douglas Simpson disparaba parapetado tras un diván, desde el interior de su alcoba. Un pistolero, alcanzado por el centro del cuerpo, se dobló hacia delante.

Los otros cuatro arrojáronse diestramente a distintos lugares que, protegiéndoles, les permitieran repeler la defensa del hombre que sólo dormía con un ojo.

Dos pistoleros apostados en el rincón izquierdo del despacho dispararon contra el diván. Jim Biggard y el otro fueron avanzando por la derecha arrimados a la pared.

Douglas Simpson soltó su fusil-ametrallador para recoger el otro de reserva. Aquel instante fue aprovechado por Jim Biggard, que, dando un zig-zag

, disparó a quemarropa sobre el as del contraespionaje.

Los otros tres irrumpieron..., pero ya era inútil su refuerzo.

Douglas Simpson tenía el rostro convertido en una masa sangrienta. Jim Biggard recogió los dos fusiles-ametralladores, y, sirviéndose de las cintas de balas, ató las dos armas alrededor del cuello y de los pies de Simpson.

—¡Al lago! —ordenó lacónicamente.

Poco después, los tres vigilantes nocturnos de la «Phoenix» acudieron corriendo al despacho del ingeniero, donde hallaron el cadáver de un desconocido. Fueron a toda prisa a despertar a Horace Wilson...

Mientras, en el lago, varios círculos concéntricos señalaban el lugar donde el cadáver de Douglas Simpson y sus dos fusiles-

ametralladores acababan de hundirse...

Jim Biggard agitó la mano cuando llegó con sus hombres al chalet.

—La tercera ventana del primer piso, en el ala que nos da frente. Atravesad el jardín vosotros dos, Mike y Allan. Trepad por las columnas y aguardadnos en la terraza.

Jim Biggard se cercioró desde la terraza de que no había luz en la alcoba de los esposos Hamilton. Manióbró cautelosamente en la ventana abierta, y un aluvión humano cayó sobre el lecho.

Las propias sábanas servían como amortiguadores y trabazón para los forcejeos. Jim Biggard separóse de la cama y registró toda la alcoba en inútil busca de Adrienne Hamilton.

Maniatado y amordazado por las sábanas, Charles Hamilton tenía en los ojos una extraña luz de furor y a la vez de satisfacción incomprensible.

Jim Biggard señaló el exterior, y cuando los cuatro pistoleros abandonaban el chalet por el jardín posterior, entraban corriendo por la verja los vigilantes nocturnos de la «Phoenix», precediendo a Horace Wilson.

Cuando el «Buick» conducido por uno de los satélites de Biggard se puso en marcha hacia la casa de campo, Jim Biggard quitó la mordaza a Charles Hamilton, que estaba sentado en el suelo del asiento posterior.

—¿Dónde está tu mujer?

—Averígualo.

El puntapié de Jim Biggard resonó huecamente en el estómago del franco-inglés.

—¿Dónde está Adrienne?

—¡Malditos seáis! Podéis matarme, pero ella volverá con Roney y fuerzas del ejército.

Jim Biggard quitóse una mano del bolsillo de la gabardina y, aplicando el cañón de la automática en la frente de Charles Hamilton, apretó por cuatro veces el gatillo.

—¡Al agua! ¡Deprisa!

El coche bordeó la superficie líquida atravesando un puente a pequeña marcha. Embutidas prietamente en las sábanas arrolladas que ataban al vizconde de la Couday, varias llaves inglesas, palancas y una llanta sacadas del cajón de herramientas, obligaron

a ser tres los hombres que, balanceando a Charles Hamilton por los pies y la cabeza, lo arrojaron desde lo alto del puente al río Oak.

—Pisa el acelerador a toda marcha, Mike —ordenó Biggard—. Ella no estará muy lejos, ya que hasta las once estaba en el chalet. Toma la carretera de Nueva York y cruza luego por la de Filadelfia. Pisa a fondo.

* * *

Los disparos del combate sostenido entre Douglas Simpson y los pistoleros despertaron a «*Baby*», que, medio desvelada, hundiéndose aún más bajo el embozo, del que sólo asomó el pañuelo multicolor que a modo de turbante mantenía sus cabellos rubios.

Sólo cuando se cercioró de que el eco de los disparos era lejano saltó del lecho y, luchando con su batín, se dirigió a abrir la puerta, para ir a golpear en la de Lord King.

—¿Me necesita, patrón? —murmuró a través de la madera.

Aguardó unos instantes, sin obtener respuesta. Empezaba a sentirse intranquila, porque en su imaginación asociaba a Lord King en su doble personalidad aventurera de «*Audax*» con cualquier disturbio ruidoso, cuando la puerta se abrió, y Lord King apareció, vestido con traje gris de franela, sin corbata y despeinado.

—¿Piensas tomar nota taquigráfica de los ruidos que se oyen?

—No, pero ¡diablos!, son disparos de arma de fuego.

—Admiro tu penetración.

—Y yo celebro que no sea usted el «penetrado» por esos ruidos.

Dos puertas se abrieron simultáneamente, en el piso inferior, y varias luces se encendieron en la planta baja.

—Vete a la cama, «*Baby*». Tú eres una muchacha agobiada por el trabajo y sientes sueño, un sueño juvenil que te hace dormir de un tirón.

—Como usted diga, patrón. Se acabaron ya los disparos. Me gustaría saber quién...

Pero, al no tener oyente, regresó a su habitación.

Lord King encontró en el vestíbulo de la planta baja a los esposos Van Bloke hablando con Mirko Blaharoff. El armenio dejaba oír las suaves cadencias de su habla persuasiva.

—... simplemente, alguna alarma de los vigilantes nocturnos. No

vaya, señor Van Bloke. Ya vendrán los vigilantes a darle la novedad. Buenas noches, señor King. Aconsejaba a nuestros anfitriones que no se alarmaran y sobre todo que no salieran. ¿No es usted de mi opinión?

—Por completo. ¡Válgame el Señor! ¿A qué exponerse inútilmente? ¿No oyen? —Y el *Diletante* adoptó una expresión de recelosa prudencia—. Pasos, gente que viene corriendo... ¡Ah! —Y suspiró como quien se quita un peso agobiador de encima—. Son individuos con uniforme.

—Los vigilantes nocturnos de la «Phoenix» —aclaró Van Bloke.

Tras los guardianes, entró Horace Wilson, resoplando y con el rostro encendido.

—¡Simpson ha desaparecido, Cornelius! Hay sangre en su alcoba... y un cadáver de un desconocido.

Patricia Van Bloke emitió un leve chillido nervioso.

—¡Usted, Mirko! —gritó Wilson—. ¿Qué sabe de esto?

—¿Yo? ¿Por qué razón tengo que saber nada especial sobre algo cuya primera noticia me llega por labios de usted? No se acalore, señor Wilson.

—¡Por favor! —intervino Van Bloke—. No perdamos los estribos. ¿Quiere acompañar a mi esposa a sus habitaciones, King? Vete, Patricia: te lo ruego.

Mientras subían las escaleras, oyeron la despedida de Horace Wilson:

—Si mañana por la noche no ha regresado Simpson, avisaré al Departamento de Estado. Es muy sofisticada su argumentación, Blaharoff, de que Simpson puede correr tras alguien y que la sangre sea del otro personaje. Mañana saldremos de dudas.

Van Bloke estrujó nerviosamente el brazo de Mirko Blaharoff.

—¡Por lo que más quiera, Mirko! Que termine pronto el infierno que ha empezado a desencadenar usted. Tengo una tensión nerviosa indecible.

—Piense en los diez millones... y deje el resto a mi cuidado. Duerma tranquilo.

Lord King casi repitió la última frase del armenio, ante la puerta de la habitación de Patricia Van Bloke.

—Duerme tranquila, Patricia. Verás como todo se aclara para bien de todos.

—¡No seas estúpido, Lord! ¿Para bien de todos? ¿Contra quién dispararon, pues? Perdona: eres un buen muchacho y te estoy ofendiendo. Adiós, Lord. Hasta mañana.

Lord King sonrió, saludándola. Al entrar en su alcoba, divisó a lo lejos los faros de un coche, y cuatro sombras entrando en él, transportando un cuerpo envuelto en blancos trapos.

Cogió rápidamente su gabardina y un sombrero fieltro, y salió a la terraza, donde con despreocupada agilidad cabalgó las columnas-soporte hasta hallarse en el jardín.

Corriendo fue al garaje... Subiendo a su «Auburn», comprobó que faltaban los coches «Buick» de Biggard y el «Graham» de los Hamilton.

Cuando remontaba la curva que conducía al puente que atravesaba el río, estaba muy lejana la estela rojiza de la luz piloto del «Buick». Su pie hundiéndose hasta que el acelerador quedó calado completamente.

Con la mano izquierda colocóse el antifaz, y después abrió el bolsín de la portezuela, de donde extrajo un fusil-ametrallador, que depositó atravesado encima de sus muslos.

La distancia entre el «Buick» y el «Auburn» fue disminuyendo, pero demasiado lentamente a gusto de Lord King.

Sentía un desconocido hervor latirle en las venas. Porque daba por descontado que el cuerpo muerto que había visto lanzar desde el puente, adonde llegó demasiado tarde para intentar ningún salvamento, era el de Adrienne Hamilton, contra la que Jim Biggard, después de matar a Douglas Simpson, había repetido su ataque, esta vez con sangriento éxito.

Y ahora tenía la certeza de que Jim Biggard trabajaba por cuenta del sinuoso armenio.

El «Auburn» diseñado aerodinámicamente y liviano de contextura, ganaba terreno por la cinta asfaltada al potente pero sobrecargado «Buick».

A través del velillo azul de su máscara miró Lord King el cuentamillas, que marcaba su tope efectivo de ciento diez.

De pronto cedió en la presión sobre el acelerador. ¿Por qué el «Buick», hasta entonces lanzado a toda velocidad, disminuía ahora sensiblemente su marcha?

Al girar la siguiente curva, comprobó extrañado que el «Buick»

acababa de detenerse a una distancia de dos millas y que de su interior saltaban sus ocupantes.

Media milla delante del «Buick» había un coche parado. Un «Graham»...

Frenó en seco Lord King. Distinguía perfectamente la mujer que alocadamente corría a campo traviesa hacia un grupo de casas demasiado lejanas...

Empuñando en la diestra el fusil-ametrallador, Lord King hurgó en el bolsín, de donde extrajo una correa ancha en la que estaban incrustadas tres redondas pelotas con la superficie dividida en varios compartimientos, y en cuyo remate había como una especie de palanca corta como la de los sifones...

Los cuatro pistoleros, separados entre sí a una distancia de varios metros, corrían en dirección a Adrienne Hamilton...

Lord King se arrodilló tras un árbol y con lentitud apuntó cuidadosamente.

Un pistolero tropezó, al parecer, coincidiendo su tambaleo con dos secos impactos, que se propagaran huecamente por el campo, con estallido de tapón descorchado por presión de espuma.

Jim Biggard y los otros dos se arrojaron al suelo cuan largos eran, y, demostrando su pericia, no lo hicieron a campo descubierto, sino: dos, tras un montículo de hierbajos, y Jim Biggard tras el tronco de un árbol.

—¡Y pensar que hay quien va al África o a las selvas indias a disparar contra pacíficos animales! —dijo filosóficamente en voz alta Lord King.

Pese a que la corteza del árbol tras el que se resguardaba estaba siendo acribillada con atinada puntería, «Audax» sonreía. Había visto que Adrienne Hamilton, cesando en su carrera loca, ocultábase tras un árbol.

—¡A él! —gritó Jim Biggard—. Así no...

Lord King disparó de nuevo con flema, levantando nubecillas de polvo en el montículo protector de los dos *gangsters*.

Dio el ejemplo Jim Biggard, que en veloz y zigzagueante carrera fue a parapetarse tras otro tronco, acortando la distancia que le separaba del enmascarado.

Torpemente, al parecer, disparó ahora Lord King inútilmente contra el tronco abandonado por Jim Biggard. Su mano izquierda

así una de las pelotas que extrajo de la correa, que habíase colocado al hombro.

Jim Biggard dio otro avance más, y, envalentonados, vomitando fuego con sus pistolas-ametralladoras, los otros, dos, en audaz excursión, quedaron tendidos a veinte pasos del árbol donde se hallaba Lord King.

—¡Flanquead! —gritó Jim Biggard.

—Eso es, flanquead —susurró Lord King, y, soltando su fusil-ametrallador, cogió con la derecha otra de las pelotas.

Apretó la palanca de una de las granadas de mano que empuñaba y la piña mortífera describió en el aire una graciosa parábola...

Un estampido polvoriento se levantó como un «geyser» del lugar que antes ocupaban los dos pistoleros, y apenas se hubieron extinguido los ecos de la explosión, Lord King gritó:

—Otra píldora para ti, Jim Biggard, si no levantas los brazos hasta tocar el cielo.

No obtuvo respuesta, y gritó más fuerte:

—¿Prefieres tocar el cielo con los sesos primero? ¡Tira las armas y abandona!

Unos disparos repentinos hicieron agacharse aún más a Lord King. Así que miró hacia el tronco donde se ocultaba Jim Biggard, vio al antiguo *dandy* retorciéndose en el suelo con los inconfundibles estertores de la agonía...

Tras él, Adrienne Hamilton, en pie, sostenía todavía la pequeña automática, cuyo, cañón humeaba levemente.

Lord King alzóse las solapas de su gabardina para encubrir la parte inferior de su rostro y su voz.

Se puso en pie, acercándose a Adrienne Hamilton.

Jim Biggard, en otro retorcimiento, quedó cara al cielo. Sus ojos miraron a Adrienne Hamilton...

—En paz, Adrienne —bisbiseó—. Yo acabo de matar a Charles...

Dio varios sobresaltos consecutivos. Un número idéntico de sobresaltos a las balas que quedaban en el cargador de la pistola empuñada por Adrienne Hamilton, que acababa de disparar con exclamaciones histéricas.

—¡Mató a Charles! Yo... no quería irme..., él me obligó —y la ex millonaria cayó de rodillas, sollozando convulsivamente.

Lord King sintióse incapaz de decir nada coherente. Tocó en el hombro a la arrodillada.

—No vuelva al lago. Aún queda Mirko...

Ella alzó el rostro bañado en lágrimas.

—Gracias... por haberme permitido vengar a mi marido... Gracias...

Y volvió de nuevo a hundir el rostro entre las manos, con los codos apoyados sobre las rodillas, viva estatua impresionante de un dolor sincero.

Lord King deslizóse furtivamente, después de Advertir:

—¡Váyase pronto!... Vendrá gente. Hay luces en las casas...

Tenía que llegar al «Auburn» antes que Adrienne Hamilton, si desobedecía su consejo, pensaba regresar al chalet, y viendo su «Auburn» adivinaba la identidad del enmascarado qué por tercera vez la había salvado de una muerte cierta.

Pero llegó sin contratiempos al garaje, y a las siete de la mañana, cuando pasó ante la alcoba de Adrienne, comprobó que estaba vacía.

Halló a Mirko Blaharoff jugando al golf, y maniobró con el «stick» hasta emparejarse con él frente a un hoyo.

—Buenos días, señor King. Nada mejor que un poco de ejercicio matinal. Veo que como los griegos, sigue el aforismo de «mens sana, in corpore sano».

—Muy saludable máxima. Un poco de ejercicio de vez en cuando reconforta el espíritu. A propósito, señor Blaharoff. Un amigo mío, hoy reportero de escándalos, y que estudió conmigo y con Jim Biggard en Harvard, acaba de comunicarme una triste noticia. Es referente a Jim.

—¿Sí? Vaya, ¿qué le ha ocurrido a su amigo de usted? —Y con certero pulso el armenio lanzó la pelota dentro del hoyo.

—Lo han encontrado acibillado a balazos en un campo, a medio camino de la carretera de Nueva York. Había otro cadáver... y restos descuartizados de otros dos sujetos.

Mirko Blaharoff colocó cuidadosamente su pelota sobre un pequeño saliente, y tanteó con el «stick» el lugar adecuado para asestar su golpe.

—Será poco caritativo hablar mal de los muertos, señor King. Pero deseo serle sincero. ¿Quiere saber mi opinión particular sobre

Jim Biggard bien llamado el «Tortuoso»?

—Un hombre de su cosmopolitismo tiene siempre frases aleccionadoras.

—Agradecido. Cuando vi a Jim Biggard, apenas me fue presentado, decreté en mi fuero íntimo: «Ese hombre es el tipo lombrosiano de criminal nato».

—¡Oh, no lo crea! Son las circunstancias las que muchas veces forjan a los asesinos. Jim Biggard, hace solamente tres o cuatro años, era un ser tan... ¿cómo diría yo?... tan correcto e inofensivo como usted y como yo.

Mirko Blaharoff sonrió amablemente y pegó a la pelota. Lord King le devolvió una sonrisa aún más amable y huera...

Siguieron jugando al golf...

CAPÍTULO VIII

Dinamiteros en acción

Lord King, después de desayunar, disponíase a subir en el «Auburn», cuando lindamente ataviada, en *short*, plasmando la figura de una colegiala curiosa, entró «Baby» en el desierto garaje.

—¿No me necesita, patrón?

—Francamente, no. Voy a darme un paseo hasta Oak Harbour.

—Porque acaba de marcharse Mirko «Mermelada» a Oak Harbour también, ¿no?

—A veces, muñeca, acaricio la idea de reducir a la mitad tu sonrosada lengüecita.

—Usted es un egoísta. Ya lo he averiguado. Debajo de su exquisita cortesía y tal, usted es un egoísta. Le tiene sin cuidado que yo, mientras usted anda por ahí, esté... pues, mano sobre mano.

—No puedo llevarte conmigo, porque tu *short* revolucionaría a los pacíficos pobladores del puerto. ¿Quieres, servirme para algo?

—Nací para serle útil.

—Entonces, sube a tu cuarto, cierra la puerta, y no salgas para nada. Devora el resto de tu provisión de novelas.

—Es lo que yo digo. Un egoísta insensible que...

El «Auburn» había salido ya del garaje, y «Baby» se encerró en su habitación. Hacía un cálculo mental, y cada vez que lo terminaba, iba a cerciorarse de si la puerta estaba bien cerrada.

—Douglas Simpson, el cadáver anónimo, Jim Biggard, los Hamilton...

Y en vez de elegir como siempre una de sus favoritos autores policíacos, escogió la última novela rosa de Mary Stone.

Mirko Blaharoff atravesó la pasarela de una motonave de sucio aspecto, cuya apariencia denotaba a las claras el transporte de carbón.

Un marino tocóse la visera de su arrugada gorra, y le precedió hacia el único camarote que hallábase en cubierta, junto al puente de mando.

—Ha llegado el momento de actuar, Ranks. A media tarde remontarás el Oak, anclando ante la «Steel &

C.⁹» a las ocho de la noche. ¿Cuántos tripulantes has traído?

—Los seleccionados. Veinte muchachos que emplean la dinamita como antiguos mineros que son. Van contentos con el sueldo que les he fijado como instructores de las tropas rebeldes amarillas.

—¿Saben que son ellos los que habrán que encender el conflicto en el terreno asiático?

—Lo saben. Están decididos a todo. El que más o el que menos, tiene dos candidaturas a la silla eléctrica. La ocasión de huir de América, la han acogido con verdadero entusiasmo.

—Llama a Peabody.

Desde otro barco de iguales características al «carga» mandado por Ranks, se destacó una canoa y poco después otro marino entraba en el camarote donde se hallaba Mirko Blaharoff.

—Prestad atención —empezó a explicar el armenio—. Primero cargarás, tú, Peabody. Cuando la estiba esté completa, extenderás sacos sobre las municiones y él armamento y encima, de ellos carbón. Zarparás a media tarde y anclarás a las ocho ante la «Phoenix». Yo dirigiré la operación, y hecha la carga, distribuiréis barrenos con espoleta de retardo, para que la explosión de ambas factorías tenga lugar estando vosotros y los barcos a tres millas de distancia...

El armenio siguió ultimando sus preparativos, y poco después abandonaba la cubierta del «Wenderer».

Fue al mediodía cuando en una taberna del puerto, un marino de la tripulación del «Wenderer» rió con grotescas contorsiones al ver a un individuo vestido con un traje de franela gris, que, sin corbata y echado hacia atrás el sombrero fieltro, entraba dando

traspíés, ridículamente empeñado en arrastrar tras sí un gato atado que bufaba coléricamente resistiéndose con energía a ser tratado como un perrillo.

—¿A la caza de gatos, compadre? —preguntó el marino cuando el borracho se sentó a la mesa vecina.

Lord King miró con dignidad majestuosa al que osaba dirigirle la palabra. El marino sintió que aumentaba su hilaridad.

—No se ofenda, amigo. ¿Un trago?

—Puesto así... ya está mejor —y Lord King apuró el vaso ofrecido.

Llamó al camarero con sonoras palmadas, ocasión que aprovechó el gato para huir como si tuviera un ejército de perros tras él.

Lord King puso una cara de tal desconsuelo, que el marino rió compasivamente.

—Hay más gatos por ahí.

—Traiga dos frascos de *whisky*. Uno para el caballero y otro para «mi menda» —al marcharse el camarero, extendió Lord King sobre la sucia mesa varios billetes de cien dolares. Los ojos del marinero relucieron codiciosamente—. Necesito tres gatos. Pago cien dolares por cada uno...

—¡Caramba! ¿Y qué les pasa a esos gatos que valen tanto?

—No sabe usted... lo difícil que es atrapar a un gato callejero. Abundan en el bosque, detrás del aserradero. Pero se escapan... y yo necesito tres gatos.

—Yo puedo ayudarle, hombre. Me da usted pena —y el marinero miró ávidamente la cartera donde Lord King colocaba cuidadosamente los tres billetes de cien entre un respetable montón del mismo valor.

—Lo promete usted para hacerme callar. Eso es —dijo lastimosamente Lord King. Había estudiado a veces el continente digno y caprichosamente estúpido de los borrachos elegantes, y el marino olfateó en aquel beodo, una magnífica ocasión para que la repleta cartera cambiase de dueño.

—¿Conque tras el aserradero hay muchos gatos, compadre?

—Montones... La madera atrae a los ratones, y los ratones... eso es.

—«Lo que puedas hacer ahora no lo dejes para luego» —

aconsejó el marino—. Vamos por los gatos. ¡Eh, Tom! Guarda los frascos que ahora volveremos a vaciarlos.

—Muy bien hablado. Volveremos a vaciarlos...

Por el camino hacia el aserradero, Lord King expresó un escrúpulo:

—No quisiera, amigo mío y bienhechor, que descuidase usted sus obligaciones. Si es marino... el barco se le puede ir...

—No se preocupe. No zarpamos hasta el crepúsculo. ¡Vea! Ahí pasó un gato gris precioso...

Torpemente, Lord King corrió tras el caserón. El marino, tras él echó una ojeada a su alrededor, comprobando que no había testigos visuales.

Disponíase a descargar la culata de su pistola sobre la nuca del beodo, que inclinado adoptaba todo el aire de un piel roja al acecho, cuando parpadeó asombrado.

El presunto beodo, esquivaba con serena precisión su agresión, y una miríada de estrellas rojas bailoteó ante los ojos del marino al recibir en la punta del mentón un puñetazo tan preciso, que no hubo necesidad de repetir.

Desplomóse el marino, y Lord King le despojó activamente de sus ropas. Cuando estuvo en paños menores lo ató con tirillas de su propia camisa, y levantándolo en brazos, entró con su carga dentro del caserón.

Un hangar, donde se almacenaba la leña cortada y dispuesta para ser transportada. Entre los últimos haces escondió Lord King al marino inanimado, amordazándolo.

Poco después revestía el uniforme del marino, y aguardaba pacientemente. Cuando los primeros claroscuros del crepúsculo invadían Oak Harbour, un marino, alzado el cuello de su cazadora, subía la pasarela del «Wenderer»...

Arthur Ranks tocó por dos veces su silbato y la tripulación se agrupó en la toldilla de proa.

—Vamos a dirigirnos al lago de las factorías de armamentos. La carga habrá de hacerse rápidamente. Terminada la estiba, la escuadra de Mowbray barrenará la factoría. Van Bloke la tiene asegurada. Truco de financieros. Ésa es la orden que he recibido de quien manda y paga. ¡A vuestros sitios!

Cuando el «Wenderer» remontaba el río dejando la bahía del

puerto, un marino deslizábase por babor y entró limpiamente en el agua, sin producir ruido. Sumergióse y emergió treinta metros a popa del barco que seguía su rumbo hacia el lago.

Poco después, en el caserón, despojábase Lord King de su uniforme mojado, y secándose con unos trapos, revistió su traje de franela.

—Ya te encontrarán, cazagatos —dijo al marino, que, amordazado, le miraba suplicante—. Y estarás más seguro aquí que en el lugar donde van tus compadres.

Denegó violentamente con la cabeza el marino, pero la mordaza le impedía explicar que cuando le encontrasen... le llevarían al patíbulo.

Lord King condujo su «Auburn» a toda velocidad. Pudo ver en un recodo la silueta achaparrada del «Wenderer» remontando el río...

A las ocho menos cuarto, Lord King vistiendo *smoking*, aspiraba con deleite el aroma de unas gardenias, cercanas en un florero al mueble del vestíbulo, donde el paraguero contenía su bastón.

* * *

Cornelius Van Bloke, sentado en su despacho, sumíase en alternativas meditaciones, que convertían su cerebro en un caos de confusión.

Su abstracción le impidió darse cuenta de que un enmascarado acababa de entrar procedente de la terraza. Sólo se dio cuenta de su presencia al sentir en su nuca la presión de un objeto cilíndrico y frío y oyó una voz seca que ordenaba:

—Docilidad y sumisión, Van Bloke. No grites ni pidas ayuda, porque llegarían tarde para ti.

Aunque Cornelius Van Bloke volvió la cabeza, no pudo ver que era la contera de un bastón la que se apoyaba en su nuca. Sólo vio el antifaz y la bufanda de blanca seda...

—¡«Audax»!

—¡Placer de la fama! Sí, soy «Audax». El mismo que se enamoró de unas joyas de tu esposa. Y ahora estoy enamorado de una póliza de seguros. Tu factoría saltará en pedazos, Van Bloke, cosa que me alegra. Pero meditemos en una paradoja:

¿No sería de justicia que tú, que tanto has contribuido a engrosar las filas de cierta asociación, contribuyeras ahora a su generoso sostenimiento?



...un puñetazo tan preciso...

—La policía te...

—Eso era antes, Van Bloke. Antes podías invocar a la policía, porque no habías aún iniciado una descarada carrera criminal. Preferías simplemente ayudar a los demás a que se mataran.

—¿Dé qué seguro... y de qué asociación hablas?

—El seguro de tu fábrica: Crecida cantidad que agradecerán conmovidos los directivos de la Asociación de Huérfanos y Viudas de Guerra. Es un gestó artístico, Van Bloke. Vas a hacer renuncia de tus derechos al cobro del seguro en nombre de la citada asociación, cuya representación me tomo por mi cuenta. Y no pienses arrepentirte de tan generosa dádiva, porque entonces revelaría lo que me propongo guardar secreto. Tendrías que explicar muchas cosas relacionadas con Mirko Blaharoff, el «Wenderer» y sus

gangsters dinamiteros... ¿Dónde está la póliza de seguros?

La diestra de Van Bloke abrió un cajón, y asió frenéticamente la culata de una pistola. Un seco restallido le hizo gemir de dolor, y el oportuno bastonazo le hizo comprender que era inútil intentar una resistencia.

—Te he pedido la póliza de seguros de tu fábrica, no una póliza privada de seguros para ti... contra mí.

Van Bloke extendió encima de la carpeta la póliza de seguros.

—Coge tu estilográfica, y en la cláusula de cesión escribe tu buen deseo filantrópico de que esos millones sirvan para restañar las afligidas miserias de las viudas y los huérfanos que tus productos han causado. Firma en los tres sitios, y no uses artificios tontos. He visto tu firma y es muy especial. No la desfigures...

—Avisaré a la policía, y anularé este acto que hago a la fuerza.

—No malogres tu gesto encomiástico. Más vale que seas un filántropo adinerado, que un inquilino de
«Sing-Sing

».

«Audax» cogió el impreso de seguro firmado adecuadamente, y lo introdujo, siempre a espaldas del financiero, en su bolsillo interior.

—No te muevas hasta que hayas contado diez veces cien. Pienso que quizás valdría la pena quitarte de en medio... Déjame pensarlo.

Tensos los músculos, Cornelius Van Bloke, se dispuso a luchar. Pasaron unos segundos de intensa angustia... cuando se volvió con salvaje ímpetu, el enmascarado había desaparecido.

Corrió hacia la puerta, que abrió violentamente. Tropezó en el umbral con Mirko Blaharoff, que llegaba en compañía de Horace Wilson.

—¿Dónde va tan deprisa, Van Bloke? —inquirió el armenio.

—Me han... —Y de pronto se interrumpió Van Bloke. Ante Horace Wilson no podía hablar de su póliza de seguros...

—Estás muy nervioso —rezongó Wilson entrando e instalándose en un sillón—. Vengo a que confirmes lo que acaba de decirme Blaharoff.

—Me permití sugerir al señor Wilson que le imitase, Van Bloke. Que me vendiera todas sus existencias, ya que acaban de llegar mis dos barcos dispuestos a cargar. Parece ser que el señor Wilson desea

saber si el Departamento de Estado conoce ya la muerte o desaparición de Douglas Simpson, la de los esposos Hamilton y la de Jim Biggard. También desea saber si el Departamento de Estado conoce nuestro contrato de venta y el destino de mi adquisición. Muchas cosas, ¿no?

—Su melosidad, armenio del diablo, me pone enfermo —masculó el viejo irascible—. Quiero saber si el hombre que consideraba hasta hoy mi amigo...

—¿Su amigo? —interrumpió Mirto Blaharoff, sonriendo—. ¿Se refiere usted a Van Bloke?

—¡Naturalmente! Usted es un aventurero abyecto, que...

—... que le va a asombrar, viejo zorro —y desapareció toda suavidad en la entonación del armenio—. Me traía intrigadísimo averiguar de dónde partían los ataques de sabotaje que incendiaron primero uno de sus hangares vacíos y después inutilizaron las turbinas de Van Bloke. Pensé lógicamente en terroristas, y se lo agradezco, viejo zorro, porque cualquier accidente que pudiera ocurrir esta noche, será atribuido a los inexistentes terroristas. Señor Van Bloke: ahí tiene al terrorista.

Y Mirko Blaharoff señaló a Horace Wilson. Incrédulo, Van Bloke intentó hablar, pero el viejo Wilson se anticipó. Su rostro estaba congestionado, y sus manos temblaban al empezar a hablar:

—Sí, yo fui. Pagué a cuatro maleantes, que son los que habrán informado a este hombre. Pretendiste hundirme comercialmente. Van Bloke. No tuviste en cuenta que con tu petulancia de hombre rico venías a destrozar lo que a mí me costó años y años de sacrificios. Te llaman el «Magnífico» y a mí el «Mezquino»...

—¡Está usted loco, Wilson! —atajó Van Bloke—. ¿Cómo pudo llegar a esos extremos propios de un delincuente?

Mirko Blaharoff acentuó su sardónica sonrisa.

—Esta escena sería patética... sí no fuera ridícula. Hablemos prácticamente —y jugueteó con un largo y afilado cortapapeles que cogió de encima del despacho—. ¿Vende o no vende, viejo zorro?

Horace Wilson se levantó crispando los puños.

—Lloyd Roney sabrá lo que aquí ocurre. Tú lo has querido, Van Bloke.

Se dirigía hacia la puerta, cuando, se detuvo repentinamente, abriendo los brazos. Entre sus dos omóplatos sobresalía la

empuñadura del cortapapeles que Mirko Blaharoff acababa de lanzarle vigorosamente...

Cornelius Van Bloke hundió la cabeza entre las manos, mientras el armenio, acercándose al anciano que se tambaleaba, arrancaba de su espalda el cortapapeles, hundiéndoselo de nuevo en el pecho...

Horace Wilson cayó definitivamente. El armenio lo fue empujando con los pies hasta ocultarlo bajo un diván.

—¡Asesino! —murmuró Van Bloke horrorizarlo.

Mirko Blaharoff volvió a sentarse frente al despacho y encendió un veguero con meticulosa atención.

—La indecisión es un vicio propio de cobardes, Van Bloke. Cuando se inicia un trabajo, hay que llevarlo hasta el fin...

—¿Matando?

—Con esa sensibilidad inoportuna, Van Bloke, debería usted haberse dedicado a la confección de vendas y gasas. Pero vende usted metralla. Y yo la compro...

—¡No puedo, Mirko! —Y el financiero se mesó nerviosamente los aladares—. Hasta que usted llegó yo era un ciudadano honrado, y no sé qué me pasó, que logró usted vencer mis escrúpulos...

—Diez millones... Eso fue lo que pasó.

Unos toques en la puerta sobresaltaron a Van Bloke, que se puso en pie, temblando como un azogado. Miraba como hipnotizado el diván bajo el que escondíase el cadáver de Horace Wilson.

—Salgamos, Van Bloke —sonrió el armenio—. Aquí no ha ocurrido nada.

Van Bloke abrió la puerta y salió junto con Blaharoff. Patricia Van Bloke, acompañada de Lord King y su secretaria, enlazó su brazo al de su esposo.

—Lord es más correcto que los Hamilton. Al menos él no se despide la francesa. No quería que te molestase, pero yo insistí en que te hubiera dolido no despedirte de él.

—Cierto, Mr. King. ¡Ojalá todos los invitados de mi mujer fueran siempre tan... tan gratos como usted! —Y Van Bloke adquirió con esfuerzo al aspecto de un anfitrión solícito—. ¿No piensa quedarse a cenar?

—Sería mi mayor placer, pero una urgente llamada de Nueva York me obliga a regresar.

Cuando el «Auburn» conducido por Lord King rodaba ya hacía el puente «Baby» señaló dos barcos anclados en el lago.

—¿Vienen por madera o por los utensilios de maquillaje de Patricia?

—Saben a lo que vienen. Lo que no saben es cómo finalizará su viaje. En la milla veinte, te dejaré, «Baby». Seguirás al volante, esperándome.

—Si yo no fuera su secretaria, patrón, le preguntaría a dónde va.

—Eres mi secretaria.

La carretera, tras un viraje, quedó ya oculta a los parajes del lago. Descendió Lord King ajustándose la gabardina, y cogiendo su bufanda y extrajo de un bolsín dos pistolas automáticas de peine largo.

—¡Diablos! ¡No me diga que va a una sesión de radio! ¡Voy con usted!

—Cuando volvamos a Nueva York me sería doloroso prescindir de tus servicios, «Baby».

—Dentro de un ataúd... estaría usted poco apetitoso, patrón.

—Deseo que compruebes tal extremo lo más tarde posible.

—Pero ¡ójgame, qué diablos! ¿No es usted hombre con carnet de cheques? ¿Qué se le ha perdido entre...?

—Por última vez, «Baby». ¿Piensas seguir trabajando conmigo?

—Ya está usted empleando su voz de serrucho cortando un bloque de hielo —suspiró resignada «Baby»—. Bien: haré lo que usted ordene.

—Entonces, te quedarás aquí, hasta que yo regrese. Hasta luego.

«Baby» se inclinó sobre el volante y apoyó la cabeza sobre sus dos brazos cruzados, contemplando a Lord King que se internaba entre la arboleda.

—Es lo que yo digo —musitó—. Un egoísta sin romanticismo. Ve que yo estoy inquieta, que me «reventaría» que le pasase algo, y ¡puaf! Hace tanto caso de mí como si yo fuera un trozo de tarta reseca. Si algún día te enamoras de mí... como yo ya lo estoy de ti... ¡cuánto sufrirías, Lord King!

Pero Lord King estaba lejos del «Auburn». Descendiendo por la ladera del puente, contempló la actividad reinante entre las dos factorías y los dos barcos.

Los marinos, de dos en dos, transportaban pesadas cajas. Otros,

llevaban con recelosa precaución grandes envases cilíndricos de líquido con la fórmula, impresa bajo una calavera, de la nitroglicerina.

Colocóse Lord King el antifaz, levantó las vueltas de su bufanda, y pisando levemente, fue aproximándose a la fachada posterior de la «Phoenix».

Los tres vigilantes nocturnos de la «Phoenix», amordazados y sólidamente amarrados, yacían en el suelo de un almacén ya vaciado de su contenido.

Frente a ellos, sentado, un marinero, cruzado sobre las rodillas un fusil-ametrallador, les examinaba con indiferencia.

—No tardaréis en veros libres, muchachos —les estaba diciendo amistosamente—. Cuando se termine la carga, desaparecerá la «Phoenix», y vosotros con ella. De todas formas, vuestra profesión era arriesgada. Estabais siempre a punto de saltar en mil pedazos, por una colilla mal tirada o un sabotaje. Ya os habéis hecho a la idea de que un día u otro ibais saltar en varios pedazos. Antes o después... ¿Qué os pasa?

Los tres prisioneros miraban hacia la puerta. Volvióse al *gangster*, para recibir en plena frente el recio impacto de un culatazo, que el enmascarado acababa de propinarle.

Lord King desató a uno de los vigilantes.

—Asegure a este tipo. Hágalo bien y deprisa. Escúchenme, mientras. No hay tiempo de avisar a nadie: no hay tiempo de evitar que todo esto se convierta dentro de unos instantes en un volcán. Pero sí podéis vengaros de los que son asesinos inhumanos a sueldo del traficante armenio.

El vigilante que acababa de maniatar y amordazar al *gangster*, empezó a desatar a sus compañeros, preguntando:

—Usted, ¿quién es?

—Pregunta siempre la misma y carente de originalidad. Soy el que ha evitado que os conviertan en proyectiles, y soy el que desea que los proyectiles sean ellos: los tripulantes de los dos barcos.

—¿Qué hemos de hacer? —pregunté uno de ellos—. El tipo ese nos dijo que el dueño había muerto...

—Seréis recompensados si cumplís con un deber cívico. Bastaría que, ante la inutilidad de intentar llamar a la policía, ya que han cortado todas las líneas telefónicas y son muchos, emplearais los

mismos procedimientos que ellos.

—Ordene —dijo el más viejo de los vigilantes—. A pesar de su máscara y de su bufanda, usted no es uno de ellos.

—Donde el río se estrecha, a dos millas de aquí, hay un altozano. Bien instalados, con armas que de aquí mismo cogeréis, podríais hundir... lo que quede de los dos barcos.

—¿Lo que quede? —preguntó extrañado uno de los vigilantes.

—Pienso visitarlos desde lejos. En *out-board* y lanzándoles obsequios poco agradables.

—No sé quién es usted ni por qué se mete en eso, pero —y el más viejo de los vigilantes cogió el fusil-ametrallador del suelo— cuente con nosotros.

—Recuerden: Es el altozano de la ribera izquierda. Insisto, porque espero que los otros vigilantes de la «Steel &

C.^o» se avendrán a ocupar la ribera derecha...

* * *

Cornelius Van Bloke entreabrió lentamente el cajón derecho de su mesa-despacho.

—... y todo ocurrirá tal como le predigo, Van Bloke —siguió diciendo Mirko Blaharoff—. Cuando las márgenes del lago sean cráteres humeantes, una campaña de prensa se desatará furibunda contra el atentado terrorista. Usted cobrará su seguro y mis diez millones. ¡Mal jugador!

Y a la vez que lanzaba la última exclamación, Mirko Blaharoff proyectó hacia delante su corpulenta humanidad, asestando en la sien del financiero un vigoroso puñetazo.

La mano que Van Bloke engarfiaba alrededor de la culata de la pistola yacente en el cajón, se abrió espasmódicamente.

Mirko Blaharoff, con cruel decisión se dirigió al diván. Hurgó bajo el mueble y extrajo del cadáver de Horace Wilson el cortapapeles.

Por tres veces lo alzó y lo dejó caer sobre el inerte Van Bloke.

—Me has ahorrado diez millones, imbécil indeciso.

Ésa fue la oración fúnebre de Cornelius Van Bloke.

Mirko Blaharoff salió a la terraza su linterna parpadeó por unos

instantes. Dos marineros se acercaron, y cada uno de ellos se llevaba poco después un cadáver apuñalado con la orden de colocarlos junto a los barrenos de dinamita.

Entró de nuevo en el despacho el armenio, y por espacio de media hora qué rompiendo cuantos papeles de la documentación comercial de la

«Steel &

C.^o» hicieran referencia a él.

Terminaba esa labor cuando Patricia Van Bloke, con abrigo de pieles un pequeño maletín-necesar, entró en el despacho.

—Buenas noches, señora. Su esposo me ha rogado le excuse por no poder despedirla. Está atareado en la factoría. De todas formas, mañana se verán en su casa de Filadelfia.

Pero ella no le escuchaba. Miraba fascinada, con terror creciente, las manchas rojas que moteaban el respaldo del sillón...

Mirko Blaharoff se encogió de hombres, entrecerrando los párpados.

—Fue inevitable, señora. Tan inevitable —y su puño se aplastó brutalmente contra la delicada frente de la mujer— como eso.

El propio Mirko Blaharoff atravesó el vestíbulo, donde toda la servidumbre acababa de ser acorralada por varios marineros. Llevaba en brazos del cadáver de Patricia Van Bloke, que entregó a un marinero.

—Todo «eso» —y señaló con indolencia a los aterrados lacayos y doncellas— dentro de la factoría.

* * *

Lord King acercóse al embarcadero donde tres canoas automóviles y dos *out-boards* balanceábanse amarrados. Saltó a una de las pequeñas embarcaciones.

Arrodillado, colocó ordenadamente: el material que transportaba. Un bidón de gasolina, cuyo tapón desenroscó inclinándolo sobre un manojo de trenzas de estopa.

Dispuso separadamente varias bombas de mano, y afianzó en una horquilla la ametralladora, que tendió su amenazadora horizontal junto a la proa del barquichuelo.

El barco gemelo al «Wanderer» rechinaba por los ojales de la

cadena del anda, al ser izada ésta.

Lord King encendió una mecha que afianzó a popa, y presionando el contacto, produjo en el pequeño rumor una serie de explosiones que precedieron en instantes a la rauda estela que el *out-board* trazó en la quieta y obscura superficie del lago.

Los tripulantes del «Errant» corrieron hacia estribor obedeciendo las indicaciones clamorosas de Peabody.

Levantado el morro, la frágil embarcación de recreo describió una amplia curva, y en el agua rebotaron las ráfagas de ametralladora disparadas desde el «Errant».

Lord King aplicó una de las trenzas de estopa a la mecha. La deshilachada materia impregnada de gasolina prendió rápidamente. Ondeando el brazo, Lord King lanzó la llama...

El *out-board*, a vertiginosa velocidad, rozó el costado de la nave, y la llama, al caer sobre cubierta, fue pisoteada prontamente por varios pies...

El *out-board* en su carrera trepidante, rozó la banda de babor y una nueva llama se agitó en cubierta...

—¡Tumbadlo! —gritó Peabody con miedoso furor.

Si una de las estopas caía oportunamente, el barco se convertiría en un polvorín incendiado...

La ametralladora instalada en la proa del *out-board* vomitó una sarta de explosiones espaciadas, barriendo la pasarela de estribor.

La pequeña embarcación, en su movilidad de centella, imposibilitaba un blanco certero. Desde cubierta del «Wanderer» estallaron varios estampidos secos.

Arthur Ranks ponía en funcionamiento los «lanza-granadas». Dos altos penachos de espuma se levantaron a proa y a popa del *out-board*, que sacudido por las ondas explosivas, semejó encabritarse para saltar como un guijarro plano lanzado desde la orilla.

La acción del «Wanderer» fue rápidamente imitada por Peabody.

—¡Fuego a discreción! —rugió destemplado.

Tres sucesivos lengüetazos rojizos surcaron el aire abatiéndose en cubierta del «Errant»... Los «lanza-granadas» restallaron, pero casi inmediatamente todos los tripulantes del barco se lanzaron al agua al ver la llamarada que prendió en el centro de la embarcación.

El *out-board* ladeóse, mientras en él. Lord King, inclinado,

mantenía empuñada la manivela de conducción. La granada que alcanzó al *out-board* en popa, hizo levantarse aún más la proa de la embarcación, que como una saeta se dirigió a tierra, mientras la explosión ensordecedora del «Errant» al estallar tras ella producía en el lago una serie concéntrica de oleadas.

Lord King saltó a tierra mientras el *out-board*, tras el choque con el embarcadero, hundíase lentamente...

Un triple tableteo levantó nubecillas de arena a ambos lados de Lord King, que corriendo aceleradamente, se dirigió hacia la espesura, donde se agazapó entre unos matorrales.

Los supervivientes del «Errant» corrían, alocados en todas direcciones a orillas del lago. Una canoa automóvil destacóse del «Wenderer» y en ella abordaron Arthur Ranks y Mirko Blaharoff, tomando tierra.

—¡No pierdan el control! —conminó con energía el armenio—. Se trata de un hombre sólo busquen por las riberas hasta dar con él, mientras avanza el «Wanderer».

—¡Allí hay un grupo de vigilantes! Gritó de pronto un marinero señalando un altozano.

—Vuelva al barco, Ranks —ordenó Mirko—. Ya me reuniré con usted en el puerto.

Los quince supervivientes del buque «Errant» se desplegaron en abanico, mientras distribuía armamento entre ellos uno de los marineros que había venido en la canoa.

Los marineros avanzaron hacia el altozano provistos de granadas y fusiles-ametralladores.

Mirko Blaharoff apoyóse en un pontón del embarcadero. Maldecía entre dientes, perdida por vez primera la serenidad, ante el ataque inesperado del individuo enmascarado.

Los tres vigilantes del altozano iniciaron el fuego, disparando sus ametralladoras. Dos sordas explosiones marcaron el primer lanzamiento de las granadas...

En plena paz, una pequeña guerra con todas sus características, se desarrollaba en las márgenes del pacífico lago Oak.

Los atacantes del altozano tendiéronse precipitadamente cuando un fusil-ametrallador rasgó el aire a sus espaldas...

Lord King acudía en ayuda de los vigilantes. Las explosiones de las granadas, el tableteo de las ametralladoras, y el espaciado

disparar del fusil de Lord King crearon una sinfonía guerrera, algunos de cuyos compases derribaban eternamente a sus ejecutores.

—Uno... dos... —Fue contando Lord King a medida que iban cayendo los alcanzados por sus disparos.

Pero el combate era desigual. Cinco *gangsters* en vida coronaron el altozano donde los tres cadáveres de los vigilantes formaban un semicírculo alrededor de sus armas, ya sin servidores.

Sentados en el sillín, abrieron fuego contra el recalcitrante enemigo que les acosaba por retaguardia... Saltando de árbol en árbol, Lord King tomó la justa medida que le separaba de los *gangsters*.

Voleó una de las granadas, y mientras aun surcaba los aires el proyectil mortífero, ondeó el otro brazo lanzando una segunda granada.

Fueron dos explosiones casi consecutivas, y no quedó rastro de los cinco *gangsters*...

Mirko Blaharoff corrió hacia el garaje en busca de su coche. Montó en su interior y cogía ya el volante cuando una tenue voz advirtió:

—Te he estado esperando, Blaharoff. ¡No separes las manos del volante!

Adrienne Hamilton, demacrada y macilenta, apuntaba con una diminuta automática al armenio. Se apoyaba en el quicio del umbral, y sus ojos, agrandados por las ojeras violáceas, miraban a Blaharoff con fijeza impregnada de intenso odio.

—Tú hiciste matar a Charles. Pero ha acabado tu carrera de crímenes, Blaharoff. He avisado al coronel Lloyd Roney, que está llegando con una sección motorizada del ejército. El puerto está bloqueado...

—Graves noticias para ser transmitidas por tan gentil dama —sonrió el armenio—. Tarde o temprano, yo tenía que perder, Adrienne. ¿No hay salvación para mi alma acongojada?

—Quisiera torturarte, quisiera ver borrarse de su rostro de loco satánico esa muestra de burla —gritó Adrienne Hamilton convulsa—. ¿Es que nada significa para ti la vida humana?

—En esos momentos la mía significa poco. Pero debo advertirte que los cristales del parabrisas son inastillables...

Adrienne Hamilton disparó todo el cargador, coincidiendo sus balazos con el arranque del motor, cuyo contacto acababa de presionar con el pie Blaharoff.

El automóvil, lanzado hacia adelante, atropelló a la mujer que siguió disparando...

Doblada sobre el radiador destrozado contra la pared del garaje, Adrienne Hamilton contempló en la agonía el semblante sin vida de Mirko Blaharoff.

Cayó al suelo fláccida y descoyuntada cuando Lord King, enmascarado, maniobró en las palancas hasta hacer retroceder el coche. Lord King levantó en sus brazos el cuerpo de la atropellada...

—No debió volver... Esta vez he llegado tarde.

—Gracias, Lord... King... Reconocí su voz cuando gritó a Jim Biggard... ¡Gracias, *Diletante*! Me permitió vengar a Char...

La cabeza femenina cayó hacia atrás como derribado por un hachazo: La guadaña de la muerte.

Lord King depositó el cadáver en el suelo, y por unos instantes contempló al armenio, que, aun muerto, conservaba en los labios su amable sonrisa...

Al salir del garaje, una estrepitosa deflagración produjo en el aire una conmoción que le derribó al suelo, proyectándole a varios pasos de distancia del garaje.

La factoría «Phoenix» acababa de estallar y densas humaredas se elevaban en medio de gigantescas llamas...

El «Wanderer», empujado en el horizonte, descendía río abajo. Lord King corrió hacia una canoa automóvil, donde, maniobrando impacientemente, atravesó el lago de banda a banda. Llegaba ya al lugar donde el estanque se estrangulaba para verter sus aguas en el río, cuando una segunda explosión horrisona atronó el espacio.

La

«Steel &

C.^o» seguía la misma suerte que su rival comercial, la «Phoenix».

Lord King saltó a tierra y corriendo a campo traviesa, reunióse con los vigilantes liberados de la «Steel», que aguardaban el paso del «Wanderer».

El armamento de que disponían era más eficaz; habían traído cinco morteros de campaña, uno de ellos, excombatiente de la

guerra del 14, explicó con brevedad:

—He efectuado los disparos de ensayo, aprovechando las explosiones. Los morterazos caen en el centro de la corriente, escalonados. Según por donde pase el barco, emplearé uno de los cinco morteros.

Lord King palmoteo sobre el hombro del artillero experimentado.

—Por si fallan los primeros disparos, procuraré retener al barco.

Desapareció dirigiéndose hacia los entarimados de maderos que bordeaban el río. En anteriores paseos, había llegado hasta las cumbres donde los leñadores amontonaban los troncos gigantescos derribados en la montaña, y que llevados hasta allí por tracción animal, eran apiñados en amontonamientos retenidos por vigas cruzadas y diestramente reunidas entre sí con gruesas sogas.

Las sogas remataban en varios cableados a los dos lados del rectangular entarimado. Y Lord King había hecho explicar el funcionamiento.

Cuando se avisaba que el río estaba libre de toda navegación, los leñadores cortaban simultáneamente los cabos de las sogas, y los maderos se precipitaban en ensordecedor alud al río, donde seguían la corriente hasta detenerse en el embalse del puerto, atraídos por los garfios de los que los esperaban para cargarlos en los transportes.

Lord King asió el mango de un hacha depositada junto al cableado.

El «Wanderer» avanzaba demasiado lentamente a juicio de Lord King. Y, de pronto, comprendió la razón.

Más cauto que su compañero de crímenes, Arthur Rank había destacado a su tripulación por tierra, con la misión de explorar las riberas.

Y el primer destacamento de *gangsters* acababa de tropezar con los vigilantes, sorprendiéndolos.

El tiroteo se generalizó, pero los vigilantes quedaron prontamente fuera de combate, y sus morteros tan adecuadamente preparados, quedaron inservibles al llevárselos los *gangsters*.

Arthur Ranks acogió con el ceño desfruncido las noticias de sus hombres.

—Vía libre, jefe. Nos esperaban con morteros...

—¿Y el enmascarado?

—Lo hundieron los de Peabody.

El «Wanderer» agitó sus hélices con renovado brío: el barco aumentó su velocidad...

—¡Stop! ¡Stop! —aulló de pronto frenéticamente Arthur Ranks por la bocina de comunicación con las máquinas.

Pero era tarde.

El energúmeno que prodigaba hachazos en la cumbre de la ladera, lograba su propósito. Primero fue un sordo y ronco deslizar, aumentado en creciente diapason sonoro a medida que los troncos adquirirían velocidad.

Los gruesos maderos sin desbastar saltaban amontonados, en avalancha incontenible... Los primeros que entraron en el agua levantaron elevados surtidores de penachos de espuma ruidosa...

El «Wanderer» bandeó de babor a estribor, cabeceando después hondamente hasta quedar inmovilizado por los troncos que, rodeándolo prietamente, hicieron crujir la estructura de la nave, anunciando su inmediato aplastamiento...

Los tripulantes descolgábanse alocados del navío sitiado por la naturaleza desbocada..., Algunos cayeron aplastados por los troncos que en su camino montábanse los unos sobre los otros...

Lord King bajó la ladera tras los troncos. Disparaba alegremente su fusil-ametrallador, barriendo a los individuos que lograban mantenerse en pie sobre los troncos flotantes y en torbellino...

El «Wanderer» mostró su blanca carena al levantar la proa angustiosamente. Hundióse lentamente de popa, absorbido por los remolinos de la revuelta masa de madera...

Lord King lanzó al agua su fusil-ametrallador, ya inútil.

—Sembradores de muerte... —murmuró—. Confío en que esta lección, os habrá servido de definitivo escarmiento...

Los troncos, ya acomodados a la corriente, deslizábanse ahora río abajo. No se veía rastro de vida humana, aparte del enmascarado, que semejaba un extraño espectador de un río en su aspecto ordinario: Un río que sólo transportaba una carga de maderos.

«Baby» invocó a toda la corte infernal al oír la primera explosión. La segunda explosión le hizo estremecerse. El concierto de disparos y petardeos amortiguados que siguió le hizo bisbisear:

—No fumaré durante una semana, si vuelve.

Una caravana de cinco automóviles, llevando soldados de infantería en cuyas guerreras lucía el emblema de Estado Mayor, hizo suspirar a «Baby».

—Sólo faltaban esos muchachos... ¡Diablos!

Contempló los *jeeps* dirigiéndose hacia el puente. Todo el lugar donde se alzaban las factorías de la «Steel» y la «Phoenix» era una rojiza llamara da...

—Y la

«O. N. U.

» sigue discutiendo... —bisbiseó «Baby».

Un sordo rumor, que iba aumentando en intensidad, creó para «Baby» la idea de una tormenta. Pero el cielo tachonado de estrellas, y el tibio aire nada anunciaban de que los elementos atmosféricos estuvieran prontos a encolerizarse.

El lejano rodar de los troncos repiqueteaba como los estampidos de unos truenos fragorosos.

—¡Guerra a las películas de guerra! —decretó «Baby»—. No vuelvo a ver ningún rollo de celuloide donde se oigan ruidos de esos...

Contó hasta doscientos cincuenta y siete, y de pronto tartamudeó, gozosa:

—¡Día... diablos!... ¡Hello, hello!... ¿Hay que plancharle la camisa?

Lord King quitóse la gabardina, que tiró sobre el respaldo. Rectificó el cruce de su *smoking*, alisóse la pechera, y ocupó el sitio del volante.

—He estado pensando, «Baby», que sería muy conveniente que fuéramos a visitar la subasta de los Plydall. Tienen dos *terracottas* y un Boticelli que...

—¡Mueran Boticelli y las *terracottas*! —gritó ella irritada, mientras Lord King ponía en marcha el coche—. Allí... atrás ha estallado el infierno... Allí, atrás, parecía un escenario de Cecil B. de Mille con movimientos de masas dinamiteras... y llega usted tan... tan ¡no sé qué! y... ¡Vámonos a casita a oír el último disco de

«La Voz»!

—¿«La Voz» es Frank Sinatra?... Espero que será mejor que la tuya, «Baby». El diapasón agudo no te sienta muy bien.

—Escuche, patrón: ¿Vamos a hablar en serio?

—Intenta, a ver si eres capaz.

—Acaban de pasar varios *jeeps* con mozos de pelo en pecho dirigidos por aquel coronel que mostró tanta extrañeza cuando le conté que el Greco era un maleante.

Lord King enderezó el volante con brusco golpe.

—Comprendo que lo extrañase. ¿Por qué no imitas, a tu tía, «Baby»? Es un prodigio de sangre fría y discreción.

—Bien, bien, patrón. Me callo. No hemos estado nunca en Oak.

—Sí, hemos estado. Pero nos despedimos a las ocho, y hasta ahora hemos estado en un cine.

—¿Le parece bien el «Roxy»? Hay en la pantalla la película «Sangre en Filipinas»...

—De acuerdo.

«Baby» se mantuvo durante un cuarto de hora, en un silencio resentido. Cuando el «Auburn» se detuvo en el cruce de las calles 74 y Lexington Avenue, preguntó:

—Y ahora, ¿qué tengo que hacer? ¿Va usted a intentar ver el efecto que produce aquel séptimo piso chocando contra el suelo?

—Quédate al volante, «Baby». Vuelvo enseguida.

Dobló Lord King la esquina, y entró en una escalera que conducía a una tienda sobre la que un letrero rezaba:

Gromynka. Joyas y Antigüedades

Lord King tocó el timbre, y mientras esperaba alzóse la bufanda y colocóse el antifaz. Puso el sombrero de copa ante su cara, como si estuviera contemplando su fondo.

Abrió un individuo de lengua barba y raído truje deshilachado. Iba a cerrar rápidamente, cuando sonrió exhibiendo unos dientes ralos y blanquísimos.

—Pase, señor. Pase. Gromynka le recibe con agrado.

Lord King entró en el tenducho, y extendió sobre el mostrador las joyas de Patricia Van Bloke. El polaco-judío las acarició con ademanes delicados de enamorado.

—Su última visita, «Audax», me complació. Tiene usted buen

gusto y sabe también que Gromynka es discreto y buen tasador. Acuda siempre a mí. Pago mejor que nadie... Tengo una clientela selecta.

—Tengo prisa, Grynka.

—¿Grynka? Sólo me llaman así mis conocidos —y el judío-polaco rió satisfecho—. Es natural. Usted, «Audax», es ya un conocido mío. ¿Treinta mil?

—Volveré al año que viene —y Lord King fingió apoderarse de nuevo de las joyas.

—Nadie paga mejor que Grynka —lamentóse el prestamista—. ¿Cuarenta mil?



—Usted, "Audax", es ya conocido...

—Cartier exhibe cosas peores con una cifra de seis ceros.

—¿Cincuenta mil? Mi último precio.

—El mío son cien mil. Volveré el año que viene con otro género que te agrade más.

—¿Setenta y cinco mil? Definitivo e irrevocable.

Pero las manos ganchudas del polaco-judío no se separaban de

encima de las joyas.

—Es mi segunda visita, Grynka. Y soy joven y tengo mucha vida por delante. No me hagas ir a otra tienda.

—No disintiremos. Ochenta mil... y... ¡Bien, bien! Has ganado, «Audax». Pero no dispongo de los cien mil en efectivo. ¿Quieres cuatro cheques al portador firmados por gente de «la alta»? Te los pagarán sin rechistar.

—Yo no te traigo joyas identificables. No quiero, pues, papeles que permiten malas bromas. Volveré...

—No. Toma asiento. Aguarda, hermano. Ya vuelvo.

Lord King preparó su bastón, dispuesto a los acontecimientos. Pero el polaco-judío era honrado a su manera. Temía más a los ladrones enmascarados que a la policía.

Desdobló con infinitos cuidados un paquete de papel celofán, y Lord King contó metódicamente cien billetes de mil dólares: Comprobó la numeración y los miró al trasluz.

El judío-polaco rió con mueca rechinante de carátula senil.

—Ni marcados ni identificables, «Audax». Si traes buen género, yo no juego sucio. Hasta pronto, «Audax». Que tengas suerte.

Lord King no replicó a la amable despedida interesada.

En la calle, quitóse el antifaz, pero hasta no torcer la esquina no apartó de su rostro el pañuelo con el que fingía sonarse.

«Baby» pisó el acelerador obedeciendo a la rápida indicación de King.

—¿Quién nos persigue ahora, patrón?

—Nadie. Hemos disfrutado un excelente descanso en el chalet de los Van Bloke. Recuérdame mañana por la mañana que tenemos que ir a la subasta de los Plydall.

—¡Oh, seguro! —declaró fervientemente «Baby», que se sentía ahora repentinamente muy amante de todas las «antiguallas y chafarnones»—. ¿Dónde vamos ahora? ¿Al panteón de los siniestrados por el incendio de Nueva Orleans?

—Al número sesenta y seis de

Grey's
Square.

—¡Diablos! ¡Si es el patronato de huérfanos y viudas de combatientes! ¿Qué le han hecho los pobrecillos?

Cuando el coche se detuvo, Lord King no descendió

inmediatamente. Arrancó una hoja de una guía de carreteras e hizo con un cortaplumas varias incisiones verticales y oblicuas.

Insertó en ellas billetes de mil, que enrolló hasta que la palabra «AUDAX» quedó formada dibujada con treinta billetes.

Sacó del bolsillo interior de su *smoking* una póliza de seguros y la enrolló con la hoja arrancada a la guía de carreteras. Bajó del coche.

«Baby» quedóse murmurando incoherencias acerca de repentinos ataques de locura.

Lord King acercóse al buzón encima del cual un letrero, decía:

*«Llamamiento a la generosidad
del pueblo americano».
«Entrega tu donativo a los familiares
de los héroes que murieron
por tu bienestar».*

Doblándola con cuidado, echó en la ranura la hoja de la guía y la póliza de seguros.

Cuando volvió a sentarse junto a «Baby», sonrió divertido.

—¿Puedo intentar adivinar tu pensamiento, muñeca?

—¡Diablos, no, patrón! Hay cosas que comprometen...

—Darías mucho por ser ahora una viuda de guerra.

—Quizás. Pero más daría por ser la esposa de un pacífico burgués trabajador.

Lord King hizo una pajarita con cinco billetes de mil.

—Era bonito aquel abrigo de «visón» que vimos el otro día en el «Shiaparelli». Se llama «eterna discreción», ¿sabes?

—Bonito nombre para un abrigo. Gracias, patrón —y «Baby» liberó una mano del volante para coger la pajarita de cinco mil dolares—. ¿Puedo invitarle a un cóctel como fin de fiesta?

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Servicio de espionaje francés. < <

[2] Lugar fronterizo donde los divorcios son concedidos con fácil prodigalidad. < <